
ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA EPISTEMOLOGÍA:
UNA RESPUESTA A UTRILLA

Quisiera aprovechar esta oportunidad para responder a algunas de las alegaciones más ultrajantes hechas por Pilar Utrilla en su recensión de mi artículo «El nicho alimenticio humano» (TP, 43: 159-186). Encontré que su revisión era ingenua, malhumorada, errónea y malinformada. Ella deliberadamente escogió no entender nada de lo que yo estaba tratando de decir. Aquí discutiré los mismos cinco puntos que ella desarrolló en su recensión, y aproximadamente en el mismo orden. Corregiré también un error que no parece haber sido detectado anteriormente.

1. La publicación de traducciones

Utrilla piensa claramente que es inapropiado el publicar la traducción de un artículo originalmente aparecido en inglés. No veo nada de malo en esto, ya que al someter el manuscrito a TP, le había informado al Dr. Veny que era una traducción. El tenía todo el derecho de rechazar su publicación por ésta o cualquier otra razón. El escogió no hacerlo. Yo publiqué el artículo sólo con mi nombre porque lo escribí en su totalidad —*palabra por palabra*. Mi anterior estudiante, Seonbok Yi, llevó a cabo parte del análisis para el trabajo, y por esta razón se incluyó como coautor en la publicación de BAR (Clark & Yi 1983). Esta es mi prerrogativa. Claramente muchos de los lectores españoles podrían no haber visto la publicación en los BAR y por esto pensé que, al publicar una traducción, estaba haciendo accesible a mis colegas españoles un ensayo sobre su prehistoria que de otra manera no hubiesen podido ver.

2. Anglicismos

Es cierto que el artículo contiene anglicismos. Existen términos especializados en el vocabulario arqueológico del mundo anglófono los cuales no tienen una equivalencia en castellano. Puse estas palabras inglesas entre paréntesis después de un intento de traducirlas. La traducción fue realizada por el Ldo. Luis Antonio Curet, un estudiante puertorriqueño postgraduado en este Departamento.

Hicimos lo mejor que pudimos para traducir fielmente el vocabulario especializado. Nunca he visto los equivalentes de estos términos en la bibliografía española.

3. «Panizo», «corn», «maize» y «maíz»

Quiero que los Sres. lectores de TP sepan que entiendo perfectamente que el maíz no pertenece al espectro de cereales indígenas del mundo antiguo (¡al fin y al cabo, mi esposa es una arqueóloga mesoamericana!). Fue un error de traducción. La palabra «panizo», usada por Santos (de quien saqué los datos sobre las plantas de utilidad económica en la Edad del Hierro), se traduce en inglés como «panic grass», lo cual es, por lo visto, un oscuro sinónimo de maíz. *Aquí, nadie, pero nadie, usa «panic grass» en vez de «maize» o «corn».* No reconocí el sinónimo, porque pensé que «panizo» era un cereal indígena del Mundo Antiguo. Más aún, «panizo» aparecía en el texto original que yo le envié al Dr. Veny, y el (o alguien) posteriormente lo sustituyó por «maíz». ¡Parece que Santos, erróneamente, considera «panizo» (= maíz) una planta indígena del Mundo Antiguo. Lástima que nunca viera las pruebas de imprenta... Es de interés notar que el nombre científico para el mijo es *Panicum miliaceum* L., de origen asiático central, y un cereal que aparece por vez primera y en su forma domesticada en el 5º milenio AC, en Europa central (Zohary y Hopf 1988: 76-78, van Zeist 1980). Quizás Santos ha confundido *Panicum* (= mijo) con «panizo» (= maíz).

4. Figura 1 de Clark

Hay un error en la figura 1. Dos de los encabezamientos fueron invertidos inadvertidamente cuando yo estaba preparando la figura. La figura 1 correcta está presentada abajo. Me imagino que este error es obvio para cualquier lector cuidadoso, ya que la figura 1 entonces publicada no tiene ningún sentido (es decir, no está de acuerdo con la discusión en el texto). Me disculpo por este error, y espero que no haya confundido a los lectores de TP.

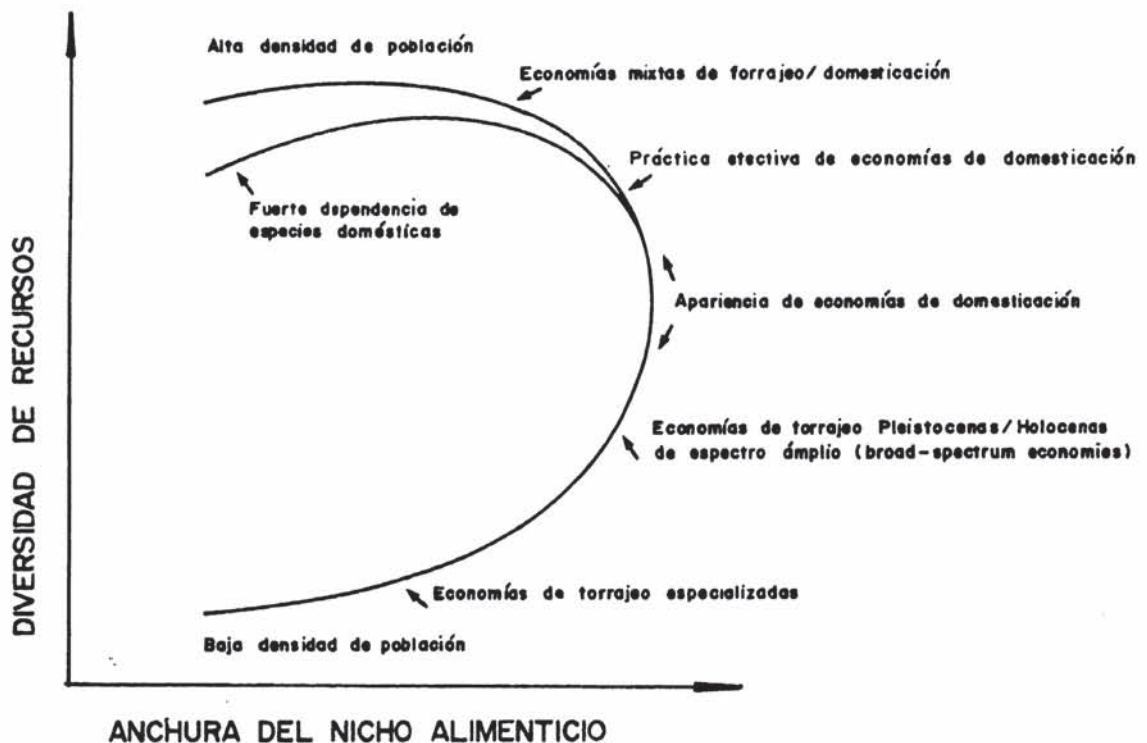


FIG. 1

5. Un conocimiento atrasado de la bibliografía sobre la fauna del Magdaleniense Inferior

Utrilla me acusa de no dominar la más reciente bibliografía española sobre las arqueofaunas del Magdaleniense Inferior y Medio (esp. González Echegaray & Barandiarán 1981 y, por supuesto, Utrilla 1981). Ambas son monografías del C.I.M.A., las cuales son difíciles de obtener aquí. Cuando escribí el artículo, de hecho había recibido el volumen del Rascaño, pero no tenía la Tesis Doctoral de Utrilla. Obtuve una fotocopia cuando leí su recensión. Me gustaría exponer los siguientes puntos.

Para poder calcular la estadística de la anchura del nicho es necesario tener tanto el NMI como el número de huesos de cada nivel incluido en los cálculos. Si no se cuenta con cualquiera de estos datos, o si no hay forma alguna de *estimar* el NMI a partir del número de huesos, es imposible determinar la contribución proporcional de una especie a la dieta global representada por los restos faunísticos en un nivel determinado. La anchura del nicho para una unidad cultural/estratigráfica (unidad c/s) es un promedio de estos niveles (véase Clark & Yi, 1983: 192).

Sitios del norte de España que cumplen con los criterios susodichos eran, y todavía son, muy pocos. La misma discusión de Utrilla sobre las faunas del Mag. I/M (pp. 242-251) reconoce que esto es cierto y que efectivamente existe una distribución bimodal de sitios en estos períodos con 17 niveles dominados por el ciervo, 4 niveles por el íbice, uno por la gamuza y 9 niveles en los cuales no es posible determinar aún la frecuencia relativa de las especies usando el número de huesos (véase tabla, pág. 249). Claro que existen muchos otros presuntos yacimientos y niveles «Mag. I/M» que han proporcionado algunos restos de fauna. Sin embargo, únicamente en Rascaño, el Juyo, la Riera y, evidentemente, en Abauntz, es posible calcular el estadístico de anchura del nicho sobre una serie de niveles. Una vez hecho esto, *los resultados son invariablemente mucho más bajos de lo esperado* (véase tabla). Es decir, los niveles están dominados (en términos de rendimiento calórico) o por el ciervo o por el íbice. Aún cuando se incluyan los datos pobres provenientes de excavaciones de reducida extensión o antiguas, se mantiene el fuerte patrón bimodal en la fauna predominante. Este patrón fue advertido por primera vez por Straus (1977) hace más de 10 años. Ya que Utrilla cree que Straus es un investigador más competente que yo (pág. 339), lo voy a citar:

«One striking similarity exists between certain faunal assemblages found in mountainous areas of both the French and Spanish zones. There are a number of specialized ibex-hunting stations situated on cliffs in rugged upland terrain... In Spain, the Magdalenian sites of Ermitia and Rascaño are dominated by ibex... other specialized ibex-hunting sites are likely to exist in this period along the Cordillera... The existence of these very abundant, specialized, ibex-dominated assemblages is a consequence of the physical setting of these sites in the natural habitat of *Capra*» (Straus 1983: 210).

Es importante apuntar que Straus se refiere al Magdaleniense *en su conjunto* independientemente de sus subdivisiones, lo cual es un punto importante (véase abajo). No discuto que Straus domine la bibliografía sobre la región franco-cantábrica mejor que yo, pero mis diferencias con Utrilla no van a ser resueltas únicamente por los datos. Estas se deben a distintos conjuntos de preferencias paradigmáticas sobre (a) cuán fiables son las unidades analíticas c/e tradicionales, y (b) qué está causando los cambios en los conjuntos faunísticos.

6. Una indiferencia insensible a la sistemática tipológica del Magdaleniense

El artículo que escribí trataba de los cambios a largo plazo en la dieta humana del norte de España; no era específicamente sobre el Magdaleniense I/M. Obtuve resultados que indicaban que el Magdaleniense I/M era anómalo en cuanto a sus arqueofaunas. Este período mal definido era mucho más especializado de lo que yo hubiese esperado si ello formara parte de la tendencia a través del tiempo generada por el modelo general de la anchura del nicho. Todas las demás

T. P., 1990, nº 47

**FAUNA DE APROVECHAMIENTO ECONOMICO DEL MAGDALENIENSE SIN
ARPONES**

ESTADISTICAS ADICIONALES DE LA ANCHURA DEL NICHOS A PARTIR DE LAS
EXCAVACIONES RECIENTES EN LA RIERA, EL JUYO Y RASCAÑO
(de las «magnificas tablas» de Straus 1983) (1)

SITIO/NIVEL	ANCHURA DEL NICHOS	DIVERSIDAD	\bar{X} ANCHURA DEL NICHOS	\bar{X} DIVERSIDAD
La Riera/18	1.50	5		
La Riera/19	1.38	6		
La Riera/19 + 20	1.49	7		
La Riera/20	1.57	6		
<u>La Riera:</u>			<u>1.48</u>	<u>6.0</u>
El Juyo/4	2.34	9		
El Juyo/4S	2.54	7		
El Juyo/6	1.46	9		
El Juyo/7	2.70	6		
El Juyo/8	1.94	6		
<u>El Juyo:</u>			<u>2.19</u>	<u>7.4</u>
Rascaño/3	3.25	5		
Rascaño/4a	3.10	4		
Rascaño/4b	2.20	4		
Rascaño/5	2.71	5		
<u>Rascaño:</u>			<u>2.81</u>	<u>4.5</u>

(1) En la curva general, la anchura del nicho esperada para el Magdaleniense I/M es de 3.40 (el rango es de 3.2-3.6, aproximadamente). Todos los principales yacimientos «modernos» (i.e., excavados recientemente) tienen valores mucho *más bajos de lo esperado*, confirmando el patrón general presentado en el artículo. Ya que sus faunas de aprovechamiento económico están dominadas por el ciervo, el cual es de mayor tamaño, La Riera y el Juyo tienen valores *muy inferiores a lo esperado*. Rascaño, el cual tiene unos pocos bovinos, équidos y cérvidos (todas especies de mayor tamaño) además la *Capra* (especie relativamente pequeña) también tiene un valor bajo, pero no tanto como en los otros yacimientos.

unidades c/e estaban aproximadamente de acuerdo con la distribución esperada, y yo tenía curiosidad por saber por qué el Magdaleniense I/M no lo estaba.

Las investigaciones en la Riera indicaban que el patrón bimodal susodicho *no* se correlacionaba con, y de hecho era *completamente independiente* de la filiación c/e tradicional de los diversos niveles. Los trabajos de Straus en la costa cantábrica (1977) y en el suroeste de Francia (1983) mostraron que éste era un fenómeno *general* y que, cuando las faunas dominadas por el íbice estaban presentes, estas se correlacionaban con ubicaciones próximas a los hábitats rocosos preferidos por estos cápridos. Ya que no existía evidencia de que (a) hubiera una correlación entre el contenido faunístico de los yacimientos y sus filiaciones c/e, ni (b) de que los cambios en la fauna de interés económico correspondieran a cambios paleoclimáticos (*contra* Utrilla 1986: 339), se me ocurrió que quizás la credibilidad de las propias unidades analíticas era sospechosa.

En cuanto al solapamiento de las fechas (Fig. 3), yo desde luego sostengo que la integridad cronológica del Magdaleniense sin arpones es más problemática que la de las otras unidades

analíticas convencionales, un hecho que socava aún más la credibilidad de dichas unidades. Sin embargo, el punto que yo quería señalar era de carácter general: *el colapso casi total de la sistemática tipológica clásica europea ha forzado un replanteamiento del modo en que los prehistoriadores deberían abordar el estudio de la continuidad y el cambio en la adaptación humana a largo plazo* (véase, por ejemplo, Clark & Straus 1983, Straus 1987). En particular, tenemos que alejarnos del excesivo énfasis en la caracterización normativa de los componentes de estos conjuntos como los útiles retocados y los huesos trabajados (como si estos fueran de alguna manera «significativos» por derecho propio), y concentrarnos más en la tecnología y los restos faunísticos (un indicador comparativamente directo de la adaptación), y en la integración sistemática de los varios subsistemas de lo que fueron, desde el punto de vista de cada uno de nosotros, fenómenos regionales que persistieron durante miles de años. Los problemas con las fechas sólo muestran que las unidades c/e convencionales no pueden ser ordenadas de acuerdo con una secuencia unilineal, lo que apoya la posibilidad de que dichas unidades fueran de naturaleza periódica o cíclica reapareciendo a lo largo del tiempo y del espacio independientemente de la distribución temporal/espacial de sus fósiles directores.

No debería sorprender a los lectores españoles que este escepticismo sobre la credibilidad de las unidades analíticas europeas, tal y como son definidas por los prehistoriadores europeos, forme parte de la tradición investigadora angloamericana. *No se debe olvidar nunca que estas unidades analíticas* (por ejemplo, Magdaleniense, Solutrense, etc., y sus subdivisiones) *fueron creadas por los prehistoriadores, son definidas por convención, y no tienen «realidad», ni «validez» demostrables fuera de las que les conceden estas mismas convenciones.*

Lo que estaba tratando de hacer era cuestionar la credibilidad de las convenciones de la tradición investigadora franco-española, y la sistemática tipológica en la cual están basadas. *No estoy haciendo esto, partiendo de la ignorancia de estas tradiciones (contra Utrilla 1986: 339), sino con premeditación. Estoy, de hecho, rechazando explícita y conscientemente un énfasis en la sistemática tipológica que lleva incluso hasta la exclusión de otras líneas de evidencia. En el caso del Magdaleniense I/M, me parece que estas sistemáticas eran (y son) particularmente sospechosas. En otras palabras, no creo que exista una única adaptación específica en el lapso de tiempo del «Magdaleniense I/M» (contra Utrilla 1981, 1987). De hecho, no creo que el «Magdaleniense I/M» en sí tenga credibilidad alguna como unidad analítica. Sí pienso, al igual que Straus, que lo que nosotros acostumbramos llamar el «Magdaleniense I/M» es simplemente una parte de un sistema regional adaptativo pancantábrico que existió antes y después del lapso temporal definido convencionalmente para el «Magdaleniense I/M».*

En mi opinión, si la Prehistoria aspira a convertirse en una ciencia, no se pueden tolerar las desviaciones empiristas y la ausencia de preocupación por los problemas epistemológicos que caracterizan las tradiciones investigadoras continentales. El estudio de la Prehistoria necesita «perder su inocencia», como apuntó una vez David Clarke (1973), y volverse más crítico de las asunciones y prejuicios que subyacen a sus pretensiones de conocimiento. Ha sido reconocido durante más de un siglo que la ciencia se puede desarrollar a través de cambios o en los paradigmas o en las teorías generadas por los paradigmas, pero *la ciencia no puede avanzar o desarrollarse solamente a través de la adquisición de los datos*. En un sentido filosófico, los datos no tiene significado, ni realidad fuera del marco conceptual que los define. Aseveraciones al contrario, como las de Pilar Utrilla, apoyan una interpretación estrictamente empirista del registro arqueológico.

G. A. CLARK

Universidad Estatal de Arizona

T. P., 1990, nº 47

BIBLIOGRAFIA

- CLARK, G. (1986): «El nicho alimenticio humano en el Norte de España desde el Paleolítico hasta la Romanización». *Trabajos de Prehistoria*, 43: 159-186.
- CLARK, G. & L. STRAUS (1983): «Late Pleistocene hunter-gatherer adaptations in Cantabrian Spain». In G. Bailey (ed.), *Hunter-Gatherer Economy in Prehistory*, Cambridge University Press, Cambridge: 131-148.
- CLARK, G. & S. YI (1983): «Niche width variation in Cantabrian archaeofaunas: a diachronic study». In J. Clutton Brock & C. Grigson (eds.), *Animals & Archaeology I: Hunters & their Prey*. BAR S-163. Oxford: 183-208.
- CLARKE, D. (1973): «Archaeology: The loss of innocence». *Antiquity*, 47: 6-18.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. & I. BARANDIARÁN (1981): *El Paleolítico Superior de la Cueva del Rascaño (Santander)*, CIMA, Monografía nº 3. Santander.
- STRAUS, L. (1977): «Of deerslayers and mountain men: paleolithic faunal exploitation in Cantabrian Spain». In L. Binford (ed.), *For Theory Building in Archaeology*. Academic Press, New York: 41-76.
- (1983): «Terminal Pleistocene faunal exploitation in Cantabria and Gascony». In J. Clutton-Brock & C. Grigson (eds.), *Animals & Archaeology I: Hunters & their Prey*. BAR S-163. Oxford: 209-226.
- (1987): «Paradigm lost? A personal view of the current state of Upper Paleolithic research». *Helinium*, 27: 157-171.
- STRAUS, L. & G. CLARK (1986): *La Riera Cave: Stone Age Hunter-Gatherer Adaptations in Northern Spain*. ARP, 36. Tempe.
- UTRILLA, P. (1981): *El Magdaleniense Inferior y Medio en la Costa Cantábrica*. CIMA, Monografía nº 4. Santander.
- (1987): Recensión de 'El nicho alimenticio' (Clark). *Trabajos de Prehistoria*, 44: 337-340.
- VAN ZEIST, W. (1980): «Aperçu sur la diffusion des végétaux cultivés dans la région Méditerranéenne». *Colloque sur la Mise en Place, l'Evolution et la Caracterisation de la Flore et la Vegetation Circummediterranéenne*, pp. 129-145, Naturalia Monspeliensia, Montpellier.
- ZOHARY, D. & HOPF, M. (1988): *Domestication of Plants in The Old World*. Clarendon Press, Oxford.

RESPOSTA

A Doutora Marisa Ruíz-Gálvez Priego teve a amabilidade de me dar a conhecer, com antecedência, o texto da recensão crítica que entendeu fazer do meu livro *Povoados da Pré-história Recente da Região de Chaves-Vila Pouca de Aguiar*. Nesta breve «réplica» permitir-me-ei seleccionar certos aspectos mais relevantes da sua recensão para dar alguns esclarecimentos e esbater dúvidas que as suas observações possam eventualmente levantar.

1) M.R.-G.P. lamenta que este livro tenha sido publicado tal qual foi concebido como tese de doutoramento, sem posterior readaptação. Como já tive oportunidade de referir no preâmbulo da obra, em 1986, não dispus de condições, nem materiais nem de tempo, para poder proceder a uma tal reformulação. Creio que foi uma opção correcta pois os nossos objectivos foram, no geral, cumpridos: um apreciável número de investigadores, ibéricos ou não, foi desde logo receptivo à novidade do tema e ao número de elementos que para o mesmo se conseguiram carrear. A apresentação em 3 volumes, embora menos cómoda, não desmotivou a sua leitura, por parte de especialistas a quem aliás se dirigia.

2) A hipótese da perduração das cerâmicas «de tipo Penha» até aos inícios do II^o milénio a. C., por mim formulada, baseou-se em dois tipos de dados: a) análise estratigráfica dos níveis de ocupação do povoado da Pastoria, a qual demonstrou a coexistência de cerâmica «Penha» e cerâmica campaniforme, esta última integrável, pelo menos, numa fase charneira entre o III^o e o II^o milénio a. C.; b) análise tipológica de algumas cerâmicas do Norte de Portugal cuja decoração parece imitar padrões clássicos campaniformes, quer do complexo marítimo, quer dos complexos Palmela/Ciempozuelos. Aliás, tais «imitações» ocorrem nos próprios níveis dos inícios do II^o milénio a. C. de Castelo de Aguiar e da Pastoria (nesta última estação surge também cerâmica de «tipo Penha» clássica). Desta forma, creio que tal perduração é bastante verosímil.

3) M.R.-G.P. põe em causa a hipótese de uma alta densidade de povoamento na região e época consideradas, assim como da estabilidade dos habitats e do grau de desenvolvimento do respectivo sistema agro-pastoril. A resposta a esta questão requeria um outro espaço e certamente a possibilidade de discussão de muitos dados, o que não cabe neste curto comentário. Direi apenas que: a) prospecções sumárias detectaram até ao momento dez povoados entre Chaves e V.^a P.^a de Aguiar. Julgo que um programa rigoroso de prospecções poderá alargar de forma significativa a lista de sítios habitados globalmente contemporâneos. Na verdade, a proximidade, entre si, de alguns

habitats já conhecidos, para além da riqueza e diversidade da sua cultura material, conduz-nos a aceitar uma provável densidade relativamente alta, considerada a época em que nos encontramos. Isto não significa, como é óbvio, que todos os habitats tenham sido totalmente sincrónicos, até porque, como já afirmei, considero que houve uma extensão progressiva do povoamento, ao longo do III^o milénio, para áreas próximas dos vales do Tâmega e do Corgo. Contudo, a partir da 2.^a metade do III^o milénio a. C., os dados de que dispomos apontam para a coexistência de vários locais, integrados em redes de povoamento, cuja natureza e limites ainda não foram definidos. O caso de maior proximidade geográfica conhecido entre povoados provavelmente contemporâneos (se atendermos à cronologia relativa baseada na análise das cerâmicas) é o dos sítios de S. Lourenço, Circo e N.^a S.^a da Bandeira, na margem esquerda do Tâmega, cujos territórios de 30 minutos se intersectam. Sugestivo será investigar a funcionalidade de cada um destes habitats num contexto de relações intercomunitárias mais globais. Assim, aceitamos, de momento, a hipótese de uma densidade demográfica relativamente alta numa região particularmente fértil, embora esteja por realizar a inventariação e cartografia exaustivas dos lugares habitados, parcial ou totalmente contemporâneos; b) quanto à questão da estabilidade dos habitats e do grau de desenvolvimento do sistema agro-pastoril, é evidente que a reconstituição do meio ambiente do III^o milénio e da acção do homem sobre ele, na área em causa, se encontra nos seus começos, dadas as dificuldades existentes em Portugal no que toca a análises paleo-ambientais. Apesar destas limitações pudemos obter algumas análises antracológicas para carvões provenientes dos povoados da Vinha da Soutilha, Pastoria e Castelo de Aguiar (pp. 650-652), as quais sugeriram a inserção dos habitats em áreas arborizadas nas quais a prática da agricultura deveria realizar-se pelo processo do «corte e queimada». Por outro lado, o incremento do sistema agro-pastoril ao longo do III^o milénio está demonstrado através de vários indicadores, directos e indirectos: se apenas detectámos sementes carbonizadas de trigo em Castelo de Aguiar nos inícios do II^o milénio a. C., observámos, desde os primeiros níveis da Vinha da Soutilha até aos da Pastoria campaniforme, ou de Castelo de Aguiar, um paulatino aumento do número de artefactos relacionados com o ciclo agrícola. A análise da fauna doméstica dos dois níveis da Pastoria (suídeos e oviceprídeos) confirma ainda, para aquele povoado, a existência de um pastoreio no qual é de relevar a presença de uma espécie tradicionalmente relacionada com o modo de vida sedentário (o porco). A progressiva extensão do povoamento aos vales principais deve no entanto ser perspectivada à luz das condicionantes tecnológicas e económicas da época. De momento creio que não existem provas de que os vales do Tâmega e do Corgo pudessem funcionar noutra plano que não fosse o de facilitar a circulação de produtos ou, eventualmente, a prática da caça e, quiçá, do pastoreio. Neste sentido suponho que durante quase todo o III^o milénio os povoados da região terão estado ligados a uma agricultura de enxada nas imediações dos locais habitados, socorrendo-se de técnicas tradicionais de desarborização e arroteamento. O processo de progressiva intensificação económica não colide com esta hipótese interpretativa. Se porventura, algumas transformações de fundo se deram nos finais do III^o/inícios do II^o milénios a. C. (utilização de formas simples de arado e tracção animal) elas ainda não foram detectadas no registo arqueológico, como, aliás, sempre afirmei. Apenas posso assinalar, nesta fase mais tardia, indícios de uma maior sedentarização (por ex., desenvolve-se a tecelagem, aumentam os recipientes de provisões, etc.) correlativa também de intercâmbios com outras regiões da Península. Nesta ordem de ideias, não creio que os sumários e pontuais dados polínicos e edafológicos obtidos para áreas restritas de povoados contemporâneos da Galiza, como Fontenla, Regueiriño ou Lavapiés, estejam em contradição com o cenário ambiental presumível que idealizámos para a região de Chaves-V.^a P.^a de Aguiar. Tais dados são por nós citados (pp. 836-837), como aliás seria de esperar dada a contiguidade espacial e cultural destas estações do Noroeste. Em qualquer dos povoados galegos parece verificar-se a presença de espécies arbóreas (sobretudo *Quercus* e *Pinus*), a par de herbáceas e plantas que acompanham os cultivos e que resultam de uma intensa modificação da paisagem original. Em qualquer das regiões (Galiza e Norte de Portugal) encontramos-nos perante comunidades de agricultores-pastores, certamente sedentários, que praticavam uma economia mista onde o pastoreio e a agricultura de enxada (em solos medianamente férteis) iriam ganhando terreno. No entanto,

será de esperar que, adentro de um comportamento global similar, as populações existentes em regiões com recursos diversos se tenham adaptado também de forma diferente; por outro lado, perante a escassez de dados ambientais disponíveis em ambas as áreas (do Norte de Portugal e do Sul da Galiza), as comparações entre ambas são para já quase impossíveis. Já relativamente a outros elementos polínicos e edafológicos provenientes de monumentos megalíticos galegos —a que M.R.-G.P. também alude— não parece correcto associá-los aos dos povoados anteriormente mencionados, já que se referem a uma outra realidade cultural, com outros pressupostos económicos, talvez mais arcaizantes. Em resumo, há que distinguir comunidades megalíticas (sobretudo de grande parte do III^o milénio) de comunidades sedentárias ocupando povoados do tipo da Vinha da Soutilha. Ainda que as respectivas economias possam, em fases iniciais, não se distinguir excessivamente, o comportamento social e simbólico de ambas as sociedades parece estruturalmente diverso. O centro do território (real ou conceptual) é, num caso, o monumento megalítico, no outro, o povoado sedentário. Este fixa-se, desde logo, junto a terrenos férteis, onde é possível praticar uma agricultura rentável a médio prazo. Por isso, o povoado, o celeiro da comunidade, é estável e relativamente durável. As suas estruturas habitacionais podem resumir-se a simples cabanas de madeira, revestidas a barro e ramagens, mas, no seu todo, ele representa uma outra organização do espaço, facto que importa isolar como um dado novo a ter em conta a partir dos inícios do III^o milénio a. C., no Norte de Portugal.

4) Nos povoados de Chaves-V.^a P.^a de Aguiar, a dispersão à superfície dos materiais e a topografia do terreno levou-nos a considerar áreas prováveis de ocupação entre 2,5 ha. (Castelo de Aguiar) e c. de 20 ha. (Vinha da Soutilha). É óbvio que isso não significa que estas áreas tenham sido ocupadas em simultâneo. Por ex., o povoado maior (Vinha da Soutilha) pode ter abrangido sucessivas plataformas, em épocas diferentes da sua existência. Isto é, nada prova que a sua vasta área tenha sido alguma vez ocupada ao mesmo tempo. O que é um facto é que enquanto nesta estação os vestígios materiais apontam para uma implantação dispersa, nos restantes povoados eles se apresentam espacialmente mais concentrados. Esta diferença coincide com uma distinta implantação dos sítios: a Vinha da Soutilha estende-se por plataformas de pendor suave, sem especiais condições naturais de defesa; Pastoria, S. Lourenço ou Castelo de Aguiar, embora em graus diversos, ocupam áreas mais restritas, dominando os vales fronteiros, em esporões com maior ou menor capacidade defensiva. Dado que nos encontramos numa região peninsular totalmente nova para o estudo da Pré-história recente, será útil não nos preocuparmos excessivamente com os padrões conhecidos para o Sul da Península, nomeadamente a dimensão dos povoados calcolíticos meridionais, como pretende M.R.-G.P.

5) É num contexto de afirmação cultural de algumas comunidades do Norte de Portugal que pensamos dever explicar as transformações observadas na região de Chaves-V.^a P.^a de Aguiar: intensificação socio-económica, restrição progressiva do espaço dos habitats, incremento da sua potencialidade defensiva, e ainda uma crescente valorização do papel simbólico das cerâmicas domésticas. Estas são maioritariamente decoradas (cerca de 80 %), predominando, a partir de 2.^a metade do III^o milénio a. C., uma organização decorativa extremamente padronizada —metopada— que aparentemente funciona como um elemento distintivo da personalidade cultural das populações que a manipulam. A sua presença marcante nestes contextos habitacionais parece ser correlativa da inserção destas comunidades em novos espaços cujo controlo seria fortemente disputado. Espaços, sem dúvida, de maior produtividade agrícola (1), mas sobretudo relacionados com a circulação de matérias-primas raras ou de objectos de prestígio fabricados, muitas vezes, segundo «figurinos»

(1) A capacidade produtiva de algumas comunidades transmontanas integráveis neste âmbito cultural encontra-se bem comprovada, embora já fora da área do nosso estudo inicial, mais precisamente na região de Mirandela, graças ao estudo que Maria de Jesus Sanches (da Fac. de Letras da Univ. do Porto) realiza actualmente num abrigo sob rocha da Serra de Passos. Na verdade, o Buraco da Pala serviu de local de armazenamento de grandes quantidades de cereal ao longo de quase todo o III^o milénio a. C., demonstrando de forma cabal uma significativa pujança agrícola numa época tão remota (v. Sanches, M. J. (1987), O Buraco da Pala- um abrigo pré-histórico no concelho de Mirandela. Notícia preliminar das escavações de 1987, *Arqueologia*, 16: 58-77).

meridionais. A circunstância de podermos estabelecer uma conexão estreita entre a estilística decorativa da cerâmica doméstica e o padrão de desenvolvimento cultural de uma região, levar-nos-á futuramente a uma abordagem que pretende questionar o papel social dos testemunhos materiais, nomeadamente na definição de fronteiras e na preservação da auto-consciência cultural dos respectivos grupos.

SUSANA OLIVEIRA JORGE

Universidade do Porto

EL DEBATE ESPAÑOL SOBRE LA ARQUEOLOGIA CONTEXTUAL

El artículo de A. Ruiz Rodríguez, T. Chapa Brunet y G. Ruiz Zapatero (1988) publicado en esta revista y las discusiones mantenidas con otros colegas españoles, me han convencido de la necesidad de responder a algunas críticas que se han suscitado en España acerca de la relevancia de la arqueología contextual o interpretativa. Entre los aspectos que quiero abordar, algunos son de carácter general, pero otros tienen un significado específico en el contexto particular de la arqueología española.

Ante todo, habría que subrayar que no existe una arqueología post-procesual como una corriente unificada. Ruiz, Chapa y Ruiz se refieren a mi trabajo y a los de Miller, Sanks y Tilley. Hay muchas diferencias entre estos diferentes autores y más adelante me referiré a algunas de ellas. La arqueología feminista y las diversas formas de arqueología marxista también constituyen otras versiones de la arqueología post-procesual. Si inicialmente estos autores fueron considerados como un grupo homogéneo, fue debido a su común rechazo de la arqueología procesual americana. Pero a medida que la postura crítica ha sido sustituida por una aportación constructiva, se han puesto de manifiesto, cada vez más, las diferencias existentes dentro de la arqueología contextual. Esta diversidad y la apertura a nuevas ideas constituyen la fuerza de la arqueología contemporánea. Pero la crítica de una postura no puede extrapolarse al resto de las arqueologías post-procesuales.

Ruiz, Chapa y Ruiz tienen razón cuando afirman que la arqueología post-procesual surgió como una crítica hacia la Nueva Arqueología. Pero se equivocan cuando sostienen que esta crítica fue más afortunada en sus ataques a las aplicaciones prácticas que a los principios teóricos. De hecho, la crítica más ampliamente aceptada ha sido la que iba dirigida a las posiciones teóricas del positivismo, la ecología, el materialismo, la antropología y el funcionalismo. Pocos procesualistas mantendrían hoy todos los presupuestos propios de la arqueología procesual de viejo estilo (ver no obstante Binford 1987), y muchos han incorporado algunos aspectos de los puntos de vista post-procesuales (Renfrew, 1983; Earle y Preucel 1987). Era la posición teórica de la Nueva Arqueología la que estaba insuficientemente desarrollada y llegó a desmoronarse con rapidez. No obstante, su contribución metodológica fue considerable y cualquier arqueología en nuestros días necesita emplear procedimientos científicos actualizados, desde el muestreo hasta el análisis cuantitativo y computerizado. Todos estos aspectos, propios de una práctica científica rigurosa, están presentes en cualquier modalidad de arqueología post-procesual que sea críticamente consciente y responsable. Pero la posición teórica de la arqueología nueva y procesual estaba anticuada y desconectada de los avances tanto de la antropología como de la historia. El objetivo de la arqueología post-procesual,

tal y como yo lo entiendo, radica en conjugar una metodología científica con un conocimiento teórico más rico.

Pero ¿qué clase de metodología científica hemos de seguir? Ruiz, Chapa y Ruiz ofrecen una alternativa sencilla. O abrazamos la Ciencia con «C» mayúscula, o estamos condenados al relativismo. La Ciencia, para ellos, parece implicar una clase de positivismo en el que las leyes generales se prueban mediante algún procedimiento absoluto frente a los datos objetivos. Este concepto de Ciencia resulta inaceptable porque ignora la evidencia histórica de que cada época y cada cultura escriben su propia historia y no sólo porque cada época formula preguntas diferentes del pasado sino también porque cada época encuentra diferentes respuestas satisfactorias. De cualquier forma, no es necesario llegar al relativismo para manejar estos argumentos. Es cierto que algunos autores como Sanks y Tilley (1987) parecen abrazar un presentismo en el que los datos arqueológicos sólo actúan como una «red de resistencias» ante nuestra creación en el presente de mitos sobre el pasado. En cambio, autores como Gadamer (1975) han desarrollado criterios hermenéuticos complejos, mediante los cuales podemos decidir, de una forma científica, entre interpretaciones alternativas sobre el pasado. La hermenéutica, la hermenéutica crítica (Thompson 1981), el realismo y la dialéctica, todas ellas proporcionan alternativas al relativismo al tiempo que evitan los problemas del positivismo de la Nueva Arqueología. No existe un tipo único de metodología científica sino muchos. Yo mismo prefiero una posición hermenéutica crítica, donde coherencia y correspondencia se usan para decidir qué hipótesis se corresponde mejor con los datos, al tiempo que se acepta que la evaluación de la coherencia y la correspondencia depende parcialmente de contextos sociales del presente.

Yo no acepto que el pasado sea simplemente una red de resistencias contra la que podamos inventar cualquier historia que nos guste. Yo no acepto que cualquier cosa vale. A la vez que imponemos al pasado nuestras preocupaciones actuales, de forma que el pasado siempre está implicado en el debate social (ej. entre grupos étnicos o culturales o entre autores feministas o sexistas), al mismo tiempo, nuestras ideas sobre el presente dependen, en sentido real, de los datos arqueológicos del pasado. Por ejemplo, nunca podríamos tener nuestras ideas seculares, pero siempre modernas, sobre el «progreso» si no contáramos con alguna evidencia del pasado. Incluso nuestras ideas sobre el «presente» dependen de la definición y el conocimiento del «pasado». Tenemos la responsabilidad de ser rigurosos en la utilización de los datos arqueológicos de manera que puedan contrarrestarse excesos como los del Tercer Reich o tergiversaciones como las de Von Daniken, y para que el pasado pueda desempeñar un papel importante en su contribución al debate social.

Hay algunos aspectos que quiero comentar sobre el pasado. Por un lado, el pasado se construye subjetivamente en el presente, y por otro, el pasado arqueológico se ordena objetiva y materialmente. No existe una razón necesaria por la que estos pasados, subjetivo y objetivo, deban coincidir. En la dialéctica entre lo que esperamos que el pasado diga y lo que dice «realmente» es donde obtenemos una perspectiva diferente sobre nosotros mismos. Es necesario por lo tanto, considerar la arqueología como una «ciencia» con «c» minúscula, pero esta ciencia arqueológica tiene que estar abierta a perspectivas diferentes y a diferentes metodologías. Necesita ser una ciencia que no imponga simplemente el presente al pasado, sino que sea sensible a la diferencia del pasado. Una ciencia arqueológica interpretativa que, al utilizar procedimientos hermenéuticos, permita que el pasado sea tanto objetivo como subjetivo.

Cuando afirman que los enfoques contextuales son idealistas, Ruiz, Chapa y Ruiz caen de nuevo en la trampa de creer que sólo una parte de la dialéctica o la contradicción tiene validez. Verdaderamente yo no me considero idealista, pero tampoco comparto la postura materialista. Al interpretar los significados y el simbolismo del pasado, no entro ni pretendo entrar en las mentes de los protagonistas prehistóricos. Concretamente en mi interpretación del simbolismo de Chatal Hüyük (Hodder 1987), hacía alusión a un simbolismo social y colectivo, pero no pretendía interpretar lo que pensaban de él los individuos particulares. Yo sostenía que, en Chatal Hüyük, el simbolismo estaba estrechamente relacionado con preocupaciones de carácter material, tales como la intensifi-

cación económica y el control sobre la gente establecida en los asentamientos. Pero el simbolismo no puede ser «reducido» a estas preocupaciones materiales, es demasiado complicado y demasiado específico como para que pueda explicarse plenamente en términos de condicionantes y circunstancias materiales.

El simbolismo por tanto implica ideas, pero estas ideas están basadas siempre en condiciones materiales y sociales. Las condiciones materiales mismas sólo pueden tener efectos sociales una vez que se han categorizado y ordenado y se les asigna un significado social. Los significados simbólicos, más allá de contextos específicos, hacen referencia siempre a categorías y oposiciones abstractas más generales. Por otro lado, el mundo material se organiza de una forma pragmática. No hay razón alguna por la que ideas y aspectos materiales deban coincidir necesariamente. Se produce así una dialéctica que puede ser la causa de importantes transformaciones. Cualquier enfoque que defienda un idealismo o un materialismo estrictos pasa por alto la relación dialéctica entre lo ideal y lo material.

Hasta aquí he defendido la necesidad de evitar posturas excluyentes que contemplen la ciencia como objetiva o subjetiva, idealista o materialista. Mejor aún, necesitamos examinar las relaciones dialécticas entre lo objetivo y lo subjetivo, lo ideal y lo material. Una relación dialéctica de mayor alcance concierne tanto a lo general como a lo particular. Un caso particular sólo podemos comprenderlo en términos generales pero, aún así, el caso particular posee alguna peculiaridad que lo hace diferente de todos los demás casos. Un análisis contextual bien hecho conduce a una penetración y a unos conocimientos generales que trascienden la instancia particular. Existe por tanto una tensión continua entre lo particular y lo general que nunca puede resolverse. La arqueología procesual tuvo el acierto de subrayar la importancia de incorporar el conocimiento particular al conocimiento antropológico general. No hay nada admirable en un historicismo de cortas miras que no integre sus descubrimientos en perspectivas más amplias. Pero la arqueología procesual fue demasiado lejos en otro sentido, al rechazar la historia y la contribución que lo particular puede aportar a lo general. No basta con depositar la confianza en hipótesis que prueben los procedimientos y la orientación dada a un problema. Tales enfoques conducen con demasiada frecuencia a una contrastación superficial de la teoría general frente a los datos, sin ningún intento real por conocer la particularidad de los datos y la luz que esto puede arrojar sobre el conocimiento general. Los enfoques interpretativos o contextuales tratan de ser más sensibles a la diferencia del caso particular, al mismo tiempo que admiten la necesidad del conocimiento general.

La arqueología se encuentra cada vez más implicada en un debate sobre las relaciones dialécticas entre objeto y sujeto, lo material y lo ideal, lo general y lo particular. Se trata de un debate que, en gran medida, se ha producido en el mundo angloamericano, dominado hasta hace poco tiempo por la arqueología procesual. La arqueología española por su parte, se ha visto influida hasta fechas recientes por una tradición empirista normativa. Estoy de acuerdo en que esta tradición normativa e histórico-cultural ha de superarse mediante enfoques que utilicen métodos científicos de calidad, y a través de un compromiso con la discusión general. Se necesitan métodos rigurosos y críticos tanto en el campo como en el laboratorio, en la misma medida que es necesario mantener unos niveles rigurosos de interpretación. La arqueología española, como cualquier otra, necesita emplear una metodología científica, pero esto no debería llevar a concluir que el positivismo y la arqueología procesual son los únicos enfoques que proporcionan unos procedimientos científicos válidos. Más aún, estoy de acuerdo en que la arqueología española necesita perspectivas teóricas y un debate teórico, pero esto no debería llevar a creer que la arqueología procesual proporciona una discusión teórica adecuada. Han sido precisamente las diversas arqueologías post-procesuales las que han propiciado en la disciplina una discusión teórica plenamente actualizada.

Mientras se debe confiar en que la arqueología española desarrollará sus procedimientos científicos más ampliamente, habría que evitar un punto de vista de cortas miras sobre la disciplina. En mi opinión, la ciencia arqueológica es un proceso hermenéutico y dialéctico cuyo rigor científico está ligado a la historia, al significado y a la acción social.

Lo que subyace a todo el debate entre las posiciones procesuales e interpretativas en arqueología

es una visión diferente acerca de la relación entre el arqueólogo y el mundo social en el que él o ella vive y trabaja. El procesualista deposita su confianza en el conocimiento proporcionado por la Ciencia. El o ella, se interesa poco por las reacciones del público general. El conocimiento arqueológico científico se encierra en vitrinas de cristal, en bibliotecas, en un lenguaje abstracto y en terminologías científicas. La arqueología procesual ha estado asociada con una creciente distancia entre el arqueólogo y el público, aunque actitudes similares también eran comunes entre la arqueología normativa e histórico-cultural. Existe el peligro de que se esté produciendo una distancia semejante en la perspectiva de Ruiz, Chapa y Ruiz, puesto que ellos no conectan su búsqueda de la verdad con una obligación hacia el compromiso social. Los enfoques interpretativos por otro lado, sostienen que los arqueólogos deben desempeñar un papel en la sociedad. Deben contar historias sobre el pasado que se ajusten a los datos, y al mismo tiempo deben llevar el pasado vivo al público general. Todos los miembros de la sociedad tienen y necesitan sus mitos sobre el pasado. En lugar de recluírse en «torres de marfil», los arqueólogos tienen la responsabilidad social de confrontar estos mitos y de comprometerse así en el debate social. Para ello, los arqueólogos necesitarán en la misma medida la ciencia y el conocimiento interpretativo.

IAN HODDER

Department of Archaeology, University of Cambridge

AGRADECIMIENTO

Quiero dar las gracias a Catalina Martínez Padilla por haberme traducido el artículo de Ruiz, Chapa y Ruiz, y por pasar mi respuesta al castellano.

BIBLIOGRAFIA

- BINFORD, L. (1987): «Data, relativism and archaeological science». *Man*, 22: 391-404.
- EARLE, T. K. and PREUCEL, R. W. (1987): «Processual archaeology and the radical critique». *Current Anthropology*, 28: 501-538.
- GADAMER, H. G. (1975): *Truth and method*. Seabury Press, New York.
- HODDER, I. (1987): «Contextual archaeology: an interpretation of Catal Huyuk and a discussion of the origins of agriculture». *Institute of Archaeology Bulletin*, 24: 43-56.
- RENFREW, A. C. (1983): *Towards and archaeology of mind*. Cambridge University Press, Cambridge.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; CHAPA BRUNET, T. y RUIZ ZAPATERO, G. (1988): «La arqueología contextual: una revisión crítica». *Trabajos de Prehistoria*, 45: 11-17.
- SANKS, M. and TILLEY, C. (1987): *Reconstructing archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- THOMPSON, J. B. (1981): *Critical hermeneutics*. Cambridge University Press, Cambridge.

COMENTARIO A. I. HODDER

La réplica de I. Hodder «El debate español sobre la arqueología contextual» a nuestro anterior artículo (Ruiz, A. Chapa, T. y Ruiz Zapatero, G., 1988), pensamos que deja al lector en condiciones de valorar adecuadamente las diferencias entre nuestra posición y la del autor británico. En consecuencia, vamos a limitar nuestra contrarréplica a dos cuestiones fundamentales: por un lado, las críticas que no han obtenido la respuesta de Hodder, así como algunas precisiones sobre su comentario, y por otro, la conveniencia de situar en el verdadero «contexto» español a la Arqueología Contextual y su supuesto debate.

La primera cuestión exige empezar por las críticas y aspectos no abordados por Hodder en su réplica. El autor no ofrece una alternativa a nuestro apartado dedicado a mostrar las inconsistencias teóricas de la Arqueología Contextual (A. C.), ni a los que la acusaban de ser una «Arqueología de ejemplos», o de tener una noción excesivamente amplia de lo que es la Arqueología. Todo ello, a nuestro modo de ver, sigue demostrando la inexistencia de un cuerpo teórico-metodológico propio de la A. C. Teniendo ésto en cuenta, afirmar que el debate teórico actual está liderado por los post-procesuales y que ellos han causado el desmoronamiento súbito de la Nueva Arqueología no deja de ser, cuando menos, una pretensión exagerada.

Hodder ha rehuido el auténtico debate que podrían suscitar nuestras críticas, y más bien ha optado por realizar algunas declaraciones amplias que pueden ser suscritas por arqueólogos de cualquier tendencia, independientemente de que luego se lleven a la práctica o no; por ejemplo, afirmar que la Arqueología actual precisa de una dimensión y componente social, o que «la Arqueología precisa conjugar una buena metodología científica con un conocimiento teórico más rico». Igualmente simplista es su afirmación de que los posicionamientos actuales se pueden dividir en «procesuales» e «interpretativos», para dar a entender que la Arqueología Procesual no es interpretativa.

El concepto de Arqueología Post-Procesual tal vez está claro para Hodder, pero hay que reconocer que desde sus primeras incursiones en el papel de los símbolos en Arqueología, los términos empleados para apellidar a «su» arqueología han sido utilizados según la moda del momento: simbólica, estructural, postmoderna y finalmente contextual, aunque coincidimos con Lull (1989) en que esas denominaciones no son «inocentes», y ofrecen matices de diferenciación importantes. Que dentro de los «contextuales» existan ya «escuelas» es algo que hoy día resulta difícil de apreciar en la bibliografía, salvando el caso de Shanks y Tilley (1982, 1987), pero que se pretenda reclamar dentro de la A. C. a todas las Arqueologías actuales distintas a la Arqueología Procesual es algo

inadmisible. El caso más flagrante es, sin duda, incluir las distintas formas de Arqueología Marxista como ejemplo de la diversidad de «corrientes» dentro de la Arqueología Post-Procesual. Como ha señalado Vicent (1989: 104) el enfoque marxista se opone igualmente al neo-positivismo de la arqueología procesual y al subjetivismo idealista de Hodder.

Posiblemente ese estado de «fluidez» teórico-formal de Hodder es lo que le lleva a hacer una de las afirmaciones que resulta más difícil de aceptar: «Verdaderamente no me considero idealista, pero tampoco comparto la postura materialista». Una dialéctica que sitúa al investigador por encima del bien y del mal nos parece, cuando menos, peligrosa, pues justificaría afirmaciones por las que se hace convivir un simbolismo social y colectivo, efecto de preocupaciones de carácter material, y a la par, un mundo de ideas que no tiene por qué coincidir necesariamente con aquél. Nos resulta difícil valorar un simbolismo que sea material e ideal a la vez, porque este perfecto matrimonio implica de hecho una contaminación de lo material que conducirá a hacer que el presente actúe subjetivamente sobre el pasado, y con ello, que la supuesta superación dialéctica del materialismo-idealismo sólo sea un viaje, una pirueta teórica que conduce al investigador a reencontrarse con uno de los lados de la contradicción: el idealismo.

De otra parte, la vieja idea de la superación de la dialéctica materialismo-idealismo contradice la posición final del autor cuando nos anima a evitar el «encierro en la torre de marfil de la sabiduría» y a definirnos en un compromiso social. En nuestra opinión, es más fácil realizar una toma de partido desde la dialéctica materialista, por cuanto la contradicción es tratada en un plano teórico-práctico que conduce irremediabilmente a un compromiso social y además político, aunque no por ello a un posicionamiento menos científico. Según Schaff (1976: 359): «La posición que toma en consideración la estructura de clase desemboca en una verdad objetiva de orden superior comparada con la posición que ignora esta estructura y su acción». Como uno de nosotros (A.R.R.) ha señalado, a finales del siglo XX «la Arqueología y el profesional de la misma se rebelan en contra de la imagen del "sabio" que sabe estar por encima del bien y del mal» (Ruiz et al., 1986: 9). En el contexto español hemos aprendido hace poco tiempo, escasamente dos décadas, que la toma de partido es obligada y necesaria, y en determinados momentos, incluso prioritaria; en última instancia, porque es imposible ser señor y siervo, o burgués y proletario a la vez, y porque de nada vale la alternativa de ser algo distinto a ambos, si es que éste existe.

La crítica a nuestra supuesta pretensión de una ciencia con mayúscula y la preferencia de Hodder por una posición hermenéutica crítica merece también algunas aclaraciones. La perspectiva de Gramsci (1974: 360): «Si las verdades científicas fueran definitivas la ciencia dejaría de existir como tal... lo cual por suerte no es verdad para la ciencia», presente en otros autores materialistas, no plantea una ciencia con mayúscula. Ahora bien, la ciencia con minúscula que el materialismo defiende no es la que Hodder define, y que se caracteriza porque cada época y cada cultura escriben su propia historia, y porque cada época encuentra diferentes respuestas a las preguntas que formula sobre el pasado. El subjetivismo que Hodder opone a la objetividad (expresión positivista para el autor) es sólo la constatación de la imposibilidad para alcanzar el conocimiento científico, por mucho que se disimule con un modelo simbólico-estructuralista. Desde un punto de vista materialista, la ciencia (con minúscula) de la Historia está obligada a buscar un cierto grado de objetividad que sea posible contrastar independientemente del punto de vista del grupo o de la época, pero este planteamiento se contradice con la ciencia con minúscula de Hodder («Existe una tensión continua entre lo particular y lo general que nunca puede resolverse» dice el autor), a pesar de la dialéctica empleada, y conduce inevitablemente a la identificación de Historia con Particularismo.

En segundo lugar, queremos resaltar el papel que la A. C. está jugando en el contexto español. En este sentido, resulta forzoso señalar que I. Hodder es más conocido en nuestro país por su etapa como «arqueólogo espacial» (Hodder y Orton, 1976) que como defensor de la nueva propuesta contextual. Una revisión de la bibliografía española especializada podría demostrarlo sin discusión. Si existe alguna difusión de las ideas contextuales es, excepto casos aislados, a raíz de su artículo publicado en la revista «Trabajos de Prehistoria» (nº 41, 1987), cuyo impacto es aún difícil de

evaluar. Las únicas investigaciones españolas que pudieran relacionarse más directamente con los contextuales son los trabajos emprendidos por F. Criado (1989; Criado y Penedo, 1989), que aún así presentan un fuerte componente procesual.

En consecuencia, nuestra crítica no se inserta en un auténtico debate sobre la A. C. en España —más bien inexistente— y sí en nuestro interés por hacer una llamada de atención sobre las posibles inconveniencias de «estar a la última» sin haber sufrido una etapa procesual. Ahí radica la diferencia entre el mundo anglosajón y nosotros. No vamos a renunciar al reconocimiento de algunos valores de la A. C., como la llamada de atención sobre la dimensión simbólica de la cultura, la reivindicación del papel del individuo, y la sensibilidad hacia la proyección social de la Arqueología. Todo ello, dentro del ámbito anglosajón, permite, sin ser contextualista, asumir aspectos positivos. Pero nuestra crítica se planteó desde la situación de la Arqueología española, fuertemente marcada por una orientación normativista e histórico-cultural. Desde esta perspectiva, y teniendo en cuenta el impacto minoritario de la Arqueología Procesual entre nosotros y la escasa sensibilidad hacia temas teóricos y metodológicos, el pasar de una Arqueología positivista a las propuestas contextuales puede ser algo así como querer correr sin aprender a andar. La A. Procesual no tiene, en efecto, por qué ser el referente teórico único y hemos dejado claro en este texto cómo la A. Marxista puede ser otro referente teórico válido, pero se convendrá con nosotros que si la A. C. surge como crítica de la N. A., mal se podrán discutir los presupuestos contextuales sin conocer los procesuales. Para decirlo rápidamente, no es aconsejable para el arqueólogo español pasar de la lectura de las memorias positivistas a la A. C. Antes de asumir a I. Hodder convendría conocer a D. Clarke y L. R. Binford, así como a muchos otros «fracasados» procesuales o materialistas históricos aún «por fracasar». Queremos cerrar así esta polémica, no sin señalar nuestro aprecio por un autor como Hodder, a quien, al margen de la disparidad de criterios, hay que reconocer una activa presencia en el actual debate arqueológico internacional.

ARTURO RUIZ RODRIGUEZ

Facultad de Humanidades, Jaén.

TERESA CHAPA BRUNET

GONZALO RUIZ ZAPATERO

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia.
Universidad Complutense. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

- CRIADO BOADO, F. (1989): «Megalitos, espacio, pensamiento», *Trabajos de Prehistoria*, 46: 75-98.
- CRIADO BOADO, F. y PENEDO, R. (1989): «Cazadores y salvajes: una contraposición entre el Arte Paleolítico y el arte Postglaciar Levantino». *Munibe*, 41: 3-22.
- GRAMSCI, A. (E. 1974): *Antología* (Selección. Traducción y Notas de M. Sacristán). Madrid, Ed. Siglo XXI.
- HODDER, I. y ORTON, C. (1976): *Spatial Analysis in Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- LULL, V. (1989): «Recensión de L. R. Binford. *En busca del pasado*, Barcelona, Crítica, 1988, y Hodder, I. *Interpretación en Arqueología. Corrientes Actuales*, Barcelona, Crítica, 1988», en *Archivo Español de Arqueología*, 62: 325-26.
- RUIZ, A.; CHAPA, T. y RUIZ ZAPATERO, G. (1988): «La arqueología contextual: una revisión crítica», *Trabajos de Prehistoria*, 45: 11-17.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M. y HORNOS, F. (1986): *Arqueología en Jaén (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*, Jaén, Diputación Provincial de Jaén.
- SHANKS, M. y TILLEY, C. (1982): «Ideology, symbolic power and ritual communication: a reinterpretation of Neolithic Mortuary Practices». En I. Hodder (ed): «*Symbolic and Structural Archaeology*». Cambridge, Cambridge University Press.

T. P., 1990, nº 47

SHANKS, M. y TILLEY, C. (1987): *Reconstructing archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.

SCHAFF, A. (1976): *Historia y Verdad*. Barcelona, Crítica.

VICENT GARCÍA, J. (1990): «El debat postprocessual: algunes observacions "radicals" sobre una arqueologia "conservadora"». *Cota Zero*, 6: 102-107.

GUIDI, A.: *Storia della Paletnologia*. Roma-Bari, Laterza, 1988, 324 pp. y 27
figs., ISBN 88-420-3224-7.

Generalmente no ha existido demasiado interés en historiar el desarrollo de la Arqueología y cuando se ha hecho ha sido, casi siempre, desde la óptica anglosajona, no en vano la más fuerte y amplia desde hace décadas; los textos de G. Daniel (1962, 1975 y 1981) han sido durante muchos años la referencia obligada para acercarse al tema. Pero los avances de la Arqueología en las dos últimas décadas, apenas considerados en las obras de Daniel, han sido de tal magnitud que sólo la empresa de enfrentarse a esta última etapa merece ya un reconocimiento. El libro del joven arqueólogo italiano Alessandro Guidi aparece en un momento muy oportuno, donde el debate teórico-metodológico de nuestra disciplina está alcanzando una dimensión realmente mundial y ofrece, en mi opinión, un elemento importante: la visión del tema desde una tradición no-anglosajona, pero buena conocedora de ella, por la atracción que ha ejercido Italia hacia arqueólogos de todos los países, especialmente los anglosajones. Este hecho creo que ha obligado a los arqueólogos italianos a conocer la «Nueva Arqueología» pero con una fuerte actitud crítica y sin renunciar a sus propias raíces; casi me atrevería a decir que un libro como el aquí reseñado sólo podía haber sido escrito por un italiano. La conciencia actual del interés que tiene el conocimiento del proceso de construcción y desarrollo de la Arqueología —como dice Guidi para identificar debilidades que presenta hoy día su origen y en consecuencia la forma de superarlas, para así integrar las diversas aproximaciones en el ámbito de la formación de una verdadera ciencia social— explica la aparición simultánea de varias obras sobre el tema, como la actualización del texto clásico de Daniel (Daniel y Renfrew, 1988) o las aportaciones de algunos de los más importantes arqueólogos en forma de biografía académica (Daniel y Chippindale, 1989); desde la perspectiva americana, Trigger (1989) acaba de publicar un importante estudio sobre la Historia del pensamiento arqueológico, por su parte, Willey (1989) ha biografado a los más importantes arqueólogos americanos y Lamberg-Karlovsky (1989) ha editado un nutrido conjunto de ensayos sobre el estado del pensamiento arqueológico actual en Norteamérica.

El libro de Guidi reúne tres aciertos importantes: primero, como ya he señalado, una visión de la Arqueología y su desarrollo desde una tradición minoritaria y, por tanto, desde «fuera» de la Arqueología anglosajona predominante; segundo una estructura del estudio inversa a las de Daniel, es decir, la atención a las distintas etapas va aumentando a medida que nos acercamos al momento actual, con lo que se gana en el conocimiento de la compleja realidad de los últimos años, aunque sin desdeñar las raíces anteriores, pero en su justa medida para comprender los desarrollos

ulteriores; y tercero, una presentación de la situación de cada etapa con las reflexiones y críticas de ese momento y no las actuales, como suele ocurrir en la mayoría de los análisis historiográficos.

El libro está organizado en ocho capítulos que se articulan en cortes cronológicos, analizando los tres primeros desde los orígenes de la Prehistoria hasta 1945. El capítulo 4 es un alto reflexivo que se superpone al ordenamiento por etapas y está dedicado a la obra de Childe y el nacimiento de la Arqueología moderna. El capítulo 5 se ocupa del periodo 1945-1962, centrando la atención en la revolución del C-14 y el surgimiento del método interdisciplinar en Europa y América, pero sin olvidar la situación de la Arqueología en Asia, África y Oceanía y, como no, una especial referencia a Italia.

El capítulo 6 abarca de 1962, nacimiento oficial de la Nueva Arqueología con el famoso artículo de Binford «Arqueología como Antropología», hasta 1973 fecha del no menos famoso de Clarke «Arqueología. La pérdida de la inocencia»; es la primera década de la Nueva Arqueología, que como he subrayado más arriba intenta ofrecer una exposición y crítica desde dentro de su tiempo. El capítulo 7 (1973-1985) se extiende hasta el momento de cierre de la bibliografía consultada para la redacción de la obra, período caracterizado por la «explosión» de las diversas arqueologías. Indudablemente resulta el más complejo de estudio por la proliferación de títulos y la escasa perspectiva temporal de análisis, aun así el estudio de Guidi resulta enormemente completo y equilibrado. El último capítulo, como el cuarto, rompe la estructura lineal y estudia el período 1962-1985 en una doble vertiente, por un lado las aportaciones más recientes sobre temas clave: el origen del hombre, los inicios del Neolítico y la formación de los estados arcaicos, y por otro las tradiciones europeas no-anglosajonas: francesa, alemana, soviética y países del Este y una pequeña referencia a la italiana; justificada a mi modo de ver, porque, en alguna medida, las recientes tendencias en arqueología prehistórica italiana pueden constituir un auténtico puente entre la «Gran Tradición» y la «Gran División» por emplear los conocidos términos de Renfrew.

Cada capítulo tiene una extensa bibliografía —bien seleccionada en la que, difícilmente se podría señalar alguna ausencia importante— que remite al lector a los textos básicos de cada etapa. Especial interés reviste el corto pero completo y sumamente orientativo ensayo bibliográfico que cierra la obra; por último las pocas figuras están bien elegidas aunque tal vez se hubiera debido ampliar su número para ilustrar mejor algunos aspectos.

Para el lector español, el libro resulta doblemente útil pues esa «visión desde fuera» de la tradición anglosajona evita las dificultades que pueden encontrarse en obras realizadas «desde dentro» de dicha tradición, dando por conocidas cosas que desde la tradición arqueológica española no lo son o lo son de una manera un tanto confusa. En mi lista de lecturas el libro de Guidi ha pasado a ocupar el primer lugar en los temas relacionados con la historia de la disciplina y con teoría y metodología arqueológica, al menos como obra de referencia inicial en estos campos.

GONZALO RUIZ ZAPATERO

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

- DANIEL, G. y RENFREW, C. (1988): *The Idea of Prehistory*. Edinburgh University Press, Edinburgh.
- DANIEL, G. y CHIPPINDALE, CH. (1989): *The pastmasters. Eleven modern pioneers in Archaeology*. Thames and Hudson, London-New York.
- LAMBERG-KARLOVSKY, CC. (1989): *Archaeological Thought in America*. Cambridge University Press, Cambridge.
- TRIGGER, B. (1989): *A History of Archaeological Thought*. Cambridge University Press, Cambridge.
- WILLEY, G. R. (1989): *Portraits in American Archaeology: Remembrances of Some Distinguished Americanist*. The University of New Mexico Press, Albuquerque.

CARDOSO, M. (1989): *Leceia. Resultados das escavações realizadas 1983-1988*. Câmara Municipal de Oeiras.

Resulta una grata tarea la de comentar publicaciones en las que se da cuenta de trabajos arqueológicos recientes, tanto más cuanto no suelen producirse con la frecuencia que sería deseable.

En esa categoría cabe incluir el trabajo que ahora nos presenta Cardoso. En él se recogen los resultados de las seis campañas realizadas en el yacimiento de Leceia, situado a 12 km. de Lisboa y a 5 km. de la margen derecha del estuario del Tajo, en plena área clásica de los estudios relativos al inicio de la metalurgia en Portugal.

En efecto, Leceia presenta una ocupación continuada desde el Neolítico Final hasta el Calcolítico Superior a lo largo de un lapso aproximado de 800 años, por lo que se convierte en punto de referencia inevitable a la hora de estudiar el Calcolítico de Extremadura. Como se sabe, éste ha constituido el objetivo fundamental, junto con el del área del Sureste español, de la investigación tradicional y reciente sobre las primeras fases metalúrgicas de la Península Ibérica en función de la aparente semejanza de sus llamativos registros materiales y de las, sin embargo, diferentes trayectorias culturales de ambas zonas a partir de la Edad del Bronce (Gilman, 1987).

Paradójicamente, aunque por desgracia no pueda decirse que sorprendentemente, tan constante utilización de la zona extremeña portuguesa para fines comparativos y ejemplarizadores de una determinada dinámica cultural no se vio acompañada de una profundización real de la investigación en la zona. La historia de la investigación portuguesa ha discurrido y discurre enmarcada en una concepción teórica claramente historicista que, sin ninguna duda, explica la situación actual de los conocimientos sobre su prehistoria. Al margen de alguna excepción (Vaz Pinto y Parreira, 1979 por ejemplo), y al igual que en el resto de la Península Ibérica, sólo muy recientemente los investigadores portugueses (Morais Arnaud, 1982: 62; Tavares Da Silva y Soares, 1981: 184; Tavares Da Silva, 1987: 83) han empezado a cuestionar la bondad de los esquemas que hasta ahora regían sus trabajos, a la vista de la continuidad cultural evidenciada, cada vez con mayor contundencia, por el registro arqueológico, pero en ningún caso han iniciado vías alternativas. Los planteamientos más avanzados preconizan una dinámica interna de desarrollo para explicar el inicio de la metalurgia en Portugal, basada en general en la intensificación de las fuerzas productivas (Tavares Da Silva, 1987), si bien no se atiende de forma suficiente a la causa de tal intensificación.

Únicamente trabajos desarrollados por jóvenes investigadores educados fuera de su país de origen (Gomes Lisboa, 1985 y 1987, por ejemplo), abordan problemas culturales desde ópticas radicalmente distintas, enclavadas claramente por su parte, en las tendencias predominantes en los

ámbitos académicos de los que proceden. Sus trabajos suponen una valiosa aportación para la Prehistoria portuguesa por cuanto representan el inicio de alternativas de estudio hasta ahora nunca planteadas en aquel uniforme panorama.

Pero independientemente de estas innovaciones realizadas desde otros ámbitos, y no obstante las diferencias de criterio que puedan surgir respecto al modo más adecuado de conocer la Prehistoria, nadie puede dudar de la seriedad y minuciosidad de los trabajos portugueses y de la calidad de recientes publicaciones en las que comienza a sintetizarse el conjunto de los hallazgos.

En efecto, gran parte de las publicaciones portuguesas se limitaban a dar a conocer un pequeño grupo de materiales procedentes o no de excavación o un conjunto de análisis que se constituían en lista aislada y sin contexto (Cardoso, 1980 y 1981; Vitor Guerra y Veiga Ferrerira, 1972; Correia, 1980; Soares y Tavares, 1975, etc.). Sin embargo, en estos últimos años se han intentado síntesis sobre los resultados más destacados de la investigación realizada en áreas concretas.

A este apartado pertenece la obra de J. L. Cardoso sobre las excavaciones realizadas entre 1983 y 1988 en Leceia. Tal monografía constituye, junto con los trabajos de C. Tavares y J. Soares (1981) sobre el área de Sines y la síntesis del primero de ellos (Tavares da Silva, 1987) sobre el Calcolítico del Sur de Portugal, piedras de toque inevitables a la hora de comprender la secuencia arqueológica del Calcolítico Portugués.

En ellas se consolida definitivamente la existencia de dos grandes áreas culturales durante el inicio de la metalurgia en Portugal: por un lado, el Calcolítico de Extremadura, en el que se integran los hallazgos de las penínsulas de Lisboa y Setúbal, y por otro, el Calcolítico del Suroeste, que da cabida a los localizados en el Algarve y el Alentejo (Morais Arnaud, 1982: 54; Cardoso, 1989: 14; Tavares y Soares, 1981; Tavares, 1987). En ambas se ha documentado la secuencia Neolítico Final/Calcolítico Final y el aparente paralelismo de sus desarrollos: en el Suroeste gracias, fundamentalmente, a la estratigrafía de Monte da Tumba (Tavares, 1987: 70) y a la de Leceia en el estuario del Tajo (Cardoso, 1989: 99).

Esta es la aportación fundamental que presenta este yacimiento a la investigación del Calcolítico portugués. Las muestras de Carbono-14 han permitido, además, datar en términos absolutos los distintos niveles, lo cual constituye, sin duda, un notable avance en la consideración de sus relaciones con otros territorios. Así, por ejemplo, Leceia ofrece la primera oportunidad de fechar contextos habitacionales extremeños del Neolítico Final (Ibídem: 135) y aunque todavía no se conocen fechas para los niveles de Calcolítico Inferior, las dataciones de Zambujal permiten cubrir ese lapso hasta el Calcolítico Final en que, de nuevo, Leceia ofrece abundante documentación (Ibídem: 136). De esta forma, puede asegurarse una ocupación continua, o con pequeños períodos de abandono que podría no ser total, entre el Tercero y el primer cuarto del Segundo milenio, en fechas no calibradas de Carbono-14. Debe resaltarse el abandono definitivo de la ocupación previamente a la presencia campaniforme, apenas documentada en el poblado (Ibídem: 136-7).

La superficie excavada ha llevado a identificar, fundamentalmente, las estructuras defensivas y algunas de habitación, lo que permite reconstruir las sucesivas fases de ocupación del siguiente modo: durante el Neolítico Final se habría construido una serie de estructuras dispersas por una amplia plataforma defendida naturalmente por todos sus lados por el escarpe natural del terreno, salvo por uno, en el que comienza a construirse una muralla defensiva, integrada por dos líneas fortificadas, al principio del Calcolítico Inicial. Tal estructura sufre consecutivos reforzamientos y transformaciones para minimizar los efectos de una hipotética ofensiva durante toda esa fase, para verse reducida al mínimo e incluso, en determinadas zonas, abandonada, durante el Calcolítico pleno (Ibídem: 95-96). Es en este período de decadencia en el esfuerzo defensivo cuando hace su aparición en el poblado la cerámica campaniforme (Ibídem: 136). Entre ambas líneas de muralla aparecen estructuras de habitación que contribuyen igualmente a la defensa, y durante la fase V de construcción, datada en el Calcolítico Pleno, se construyen nuevas unidades en el exterior de la segunda línea de muralla, lo que sugiere a Cardoso aún una tercera, desconocida todavía, pero de la que podrían existir indicios en el terreno (Ibídem: 89). Las principales estructuras de habitación se situarían en la zona más interna del espolón, aunque desgraciadamente, la utilización como cantera

que durante el siglo XVIII se hizo del cerro, destruyó todos los niveles de esta zona, perdida así irremediabilmente para la investigación (Ibídem: 26 y 47).

El proceso de poblamiento se revela similar en todo el territorio portugués: poblados con estructuras dispersas no fortificadas al final del Neolítico y emplazados en posiciones defensivas e incluso amurallados durante todo el Calcolítico; al final de esta fase, coincidiendo con la aparición de la cerámica campaniforme, la ocupación se contrae, limitándose a las zonas más internas de las previamente ocupadas y vuelve a perder la necesidad de defensa (Ibídem; Tavares y Soares, 1981: 184). La Edad del Bronce se caracteriza por poblados abiertos, que podrían contrastar, a juicio de Tavares da Silva (1987: 73), con poblados de altura donde quizás residieran los grupos dirigentes encargados de la defensa y la administración de determinados territorios.

Las características de su evolución se corresponden, por tanto, hasta el final del Calcolítico, con las del Sureste español, evidenciando la sincronía de sus ritmos culturales. Por otra parte, los datos relativos al espesor de las fortificaciones documentadas, aportados por Cardoso (1981: 222-223) demuestran que la solidez de las famosas estructuras de Zambujal o Vila Nova de San Pedro constituyen excepciones en el panorama general del Calcolítico portugués, del mismo modo que sucedía con las de Los Millares en el Sureste español (Hernando, 1987: 188 y 195). Nada puede señalarse, sin embargo, respecto a la extensión de los poblados, ante la información aparentemente contradictoria que sobre el dato existe (Cardoso, 1981: 223, por un lado, y Morais Arnaud, 1982: 62-63, por otro). En cualquier caso, las características generales del período parecen corresponderse con bastante exactitud en los tres focos culturales a los que se viene haciendo referencia (Extremadura y Suroeste portugueses y Sureste español), con una concentración progresiva de la población en emplazamientos con posibilidades defensivas a lo largo del Calcolítico, y una aparente disgregación poblacional en la fase campaniforme.

El metal no va a estar presente de manera detectable hasta el Calcolítico Pleno (Cardoso, 1989: 140; Tavares y Soares, 1981:184), al final del cual hará su aparición la cerámica campaniforme. Tal registro material confirmaría, por un lado, la presencia de la metalurgia como otro más de las manifestaciones de los cambios que se están produciendo y no la causa y esencia del Calcolítico, y por otro, la caracterización de la cerámica campaniforme como elemento denotador de ciertos cambios ya consolidados a todos los efectos —económicos, sociales, ideológicos— culturales (véase a este respecto Gomes Lisboa, 1987). M. Kunst (1987a y b) llega incluso a atribuirle una funcionalidad específica como recipiente de comida, bebida u ofrendas, pero no de cocina en Zambujal, asociado exclusivamente al gremio de los metalúrgicos por su distribución espacial (Idem 1987b: 596).

Sin embargo, la presencia de este tipo cerámico es desigual en Portugal, a juzgar por los datos conocidos. Obras de síntesis, entre las que la de Leceia juega un papel fundamental, comienzan a presentar una visión globalizadora de las características arqueológicas del Calcolítico portugués, representado hasta ahora, como ha quedado señalado, por un mosaico al que faltaba la estructura base que le diera cohesión (v., por ej., Cunha Serrao, 1979).

De esta manera, y conforme a la lógica normativista, según la cual los materiales recuperados constituyen los índices fundamentales de clasificación cultural, el proceso de evolución de las primeras fases metalúrgicas de Extremadura, el área clásica portuguesa, puede resumirse en la sucesión de los siguientes «Horizontes» culturales, definido cada uno de ellos por tipos cerámicos distintos: Horizonte con taza carenada y bordes dentados, correspondiente al Neolítico Final y tres claros horizontes calcolíticos: Horizonte de la «cerámica acanalada» del Calcolítico inicial, Horizonte de la «cerámica decorada por impresiones de hojas de acacia y grandes surcos» del Calcolítico Pleno y Horizonte campaniforme (Cardoso, 1989: 139; Tavares, 1987: 82). Aunque tal secuencia fue puesta en cuestión por Kunst (1987a y b), a través de estudios estadísticos que tenían en cuenta la presencia de cerámica campaniforme en las distintas etapas, en ninguna de las posteriores publicaciones portuguesas se hace mención del conflicto, manteniéndose así la seriación tradicional. Debe señalarse, sin embargo, que este autor alemán establece estadísticamente la existencia de cerámica campaniforme en Zambujal desde el inicio del Horizonte de «hoja de acacia», tipo que a su vez se mantiene en el llamado Horizonte Campaniforme, si bien varían notablemente sus proporciones.

Estas son de un fragmento campaniforme por cada tres de «hoja de acacia» al inicio de este último horizonte tradicional, relación que progresivamente se invierte hasta alcanzar la de 2:1 en el considerado hasta ahora horizonte exclusivamente campaniforme. Yacimientos característicos del Calcolítico extremeño, aunque de menor perduración que el de Leceia, son los clásicos de Zambujal, V.N.S.P., Pedra Da Duro, Penedo de Lexim, Rotura, Montes Claros, Miradouro dos Capuchos, Pedrao, Olelas, etc. (Cardoso, 1989: 143; Tavares y Soares, 1981: 138).

Así pues, la cerámica decorada define fundamentalmente el Calcolítico de Extremadura, constituyendo precisamente su proporción en el conjunto cerámico general, una de las principales diferencias entre el Calcolítico extremeño y el sudoccidental. En éste, la homogeneidad de la cerámica a lo largo de las fases es mayor que en Extremadura, según atestiguan los estratos de Monte da Tumba, Castelos do Torrao o Santa Justa, con variaciones cerámicas de carácter casi exclusivamente cuantitativo (Tavares, 1987: 76). En efecto, el Neolítico Final, paralelo al Horizonte de la cerámica carenada de Extremadura, se caracteriza por formas que se mantendrán en el Calcolítico Inicial del SO: platos de borde sin engrosamiento, tazas carenadas, tazas de borde engrosado, esféricos con mamelones, etc. Con el Calcolítico Inicial, paralelo al Horizonte de la cerámica acanalada de Extremadura, solamente desaparece la taza carenada, apareciendo, a cambio, por primera vez, el plato de borde almendrado, uno de sus tipos más representativos. La punta de flecha de base cóncava y los crecientes completan los principales fósiles-guía de la fase (Tavares, 1987: 69-70). Es sólo en la de Calcolítico Pleno, todavía pre-campaniforme, y paralela al tradicional Horizonte de cerámica decorada con «hoja de acacia» de Extremadura, cuando desaparecen en el SO los materiales de tradición neolítica, notándose un descenso cuantitativo del plato de borde almendrado y un aumento del de borde sin engrosar (Ibidem: 70). Poblados característicos son, además de los tres citados, Escoural, Cortadouro, Alcalar, Barrada do Grilo, Castelo de Sao Bernardo, Castelo de Sao Bras, etc. (Tavares, 1987) o los de Vale Pincel II, Monte Novo y Vale Vistoso en el área de Sines, donde se conforma un grupo con ciertas peculiaridades culturales en la Edad del Bronce, con poblados como Quiteria y Pessegueiro (Tavares y Soares, 1981: 185). En todo el SO la decoración es muy escasa, y consiste, principalmente, en motivos plásticos como mamelones, posiblemente no sólo decorativos y decoración simbólica representada sobre todo por motivos solares (Cardoso, 1989: 143; Tavares, *Ibidem*). La episódica presencia en esta zona de cerámica decorada con hoja de acacia revela contactos con Extremadura, evidenciados igualmente por las puntas de flecha de base cóncava o recta del Suroeste, en Extremadura (Cardoso, *Ibidem*; Tavares, 1987: 70). Además, las dudas sobre posibles relaciones entre ambas zonas queda absolutamente disipada con una simple mirada a la naturaleza anfibolítica de la materia prima en la que está realizada la mayoría de los objetos de piedra pulimentada de Extremadura, procedente, de forma necesaria, del Suroeste portugués (Cardoso, *Ibidem*; Correia, 1980: 29) o a los moluscos procedentes del estuario del Tajo hallados en Monte da Tumba (Cardoso, *Ibidem*).

En este punto debe señalarse una interesante reflexión de José Morais Arnaud (1982: 55-6), respecto a una cuestión de enorme interés que, sólo superficialmente, queda reflejada, de serlo, en otras publicaciones (Correia, 1980: 27). Se trata de la inexistencia de cobre nativo en la zona extremeña, frente a su abundancia y susceptibilidad de explotación con métodos artesanales en las zonas del Alentejo y Algarve que, como venimos viendo, acogen al llamado Calcolítico del Suroeste. Ciertamente, llama la atención que sea precisamente en la primera zona donde el proceso de transformaciones ligadas a la aparición de la metalurgia revista mayor intensidad —a la vista de su exuberante registro material y del empeño defensivo de sus habitantes— y presente un notable paralelismo con el del Suroeste, donde por el contrario, sí existe metal.

Morais Arnaud (1982: 56) se plantea la procedencia del cobre utilizado por las comunidades calcolíticas extremeñas y la posibilidad de que la tardía aparición de cerámica campaniforme en el suroeste demostrase la interacción entre ambos territorios por el comercio del metal. Nadie profundiza, sin embargo, en las causas de tan paradójica disparidad de desarrollos.

En cualquier caso, la presencia de la cerámica campaniforme es reducida en el Suroeste, a excepción del poblado de Ferreira de Alentejo, donde la puntillada es muy abundante (Tavares,

1987: 71). En toda la zona, la contracción de los núcleos habitacionales parece corresponderse, como veíamos, con una menor intensidad y perduración de la ocupación, esquema cuya resolución, al iniciarse la Edad del Bronce, está aún pendiente.

En efecto, son muchos los interrogantes que todavía tiene planteados la arqueología portuguesa. Al igual que en el resto de los territorios, la investigación se ha centrado fundamentalmente en unos cuantos períodos —Neolítico y Calcolítico en los años 70 y Mesolítico, sobre todo, en los 80— y ha atendido especialmente a una serie de zonas, con el efecto consiguiente de provocar un vacío de información en las parcelas olvidadas. No debe considerarse ésta una crítica particular a la investigación de nuestro país vecino. Como digo, tal ha sido, y por supuesto es, la situación que cabe contemplar en todo el resto de Europa. La peculiaridad de Portugal radica, quizás, en la escasez de medios con que cuentan sus investigadores para realizar las tareas que asumen, y sobre todo, en la escasez de medios con que se cuenta para formar y mantener a investigadores. El reducido número de prehistoriadores profesionales (José Arnaud, Victor Gonçalves, M.^a Conceição Rodrigues, el mismo J. L. Cardoso,...) es un claro indicio de las limitadas posibilidades que a la Prehistoria y a la Arqueología en general, se ofrecen en Portugal, y ayuda a comprender los méritos de sus practicantes por un lado, y la ausencia de alternativas teóricas a los planteamientos tradicionales, por otro.

Sin embargo, algo parece moverse dentro de este homogéneo panorama. Ya en 1982 (pág. 63), Arnaud criticaba el «culto a la pieza», especialmente de los ídolos y otras piezas «raras» o la igualmente negativa tendencia a la acumulación y descripción exhaustiva de datos sin alguna finalidad, con que se pretende conferir un estatuto científico a trabajos de un empirismo acéfalo y primario». Y es a partir también del inicio de los 80, cuando empiezan a publicarse los escasos, pero importantes, trabajos de síntesis a que se ha venido aludiendo.

El trabajo publicado por Cardoso es, así, representativo de dos rasgos fundamentales del cambio que se está produciendo:

a) Por un lado, el progresivo interés y consiguiente inversión económica, de organismos públicos por la investigación prehistórica. En este sentido, debe resaltarse la iniciativa de la Cámara Municipal de Oeiras para la financiación no sólo de la monografía objeto de este comentario, sino también para la organización de exposiciones y la creación de un Museo Monográfico que posibilitara uno de los principales fines de nuestra investigación: la divulgación social de los conocimientos.

b) Por otro lado, la síntesis de los trabajos realizados hasta el momento en Leceia demuestran la asunción, por parte de Cardoso, de la necesidad de ofrecer de manera coherente y sistemática, la información recuperada de un yacimiento. En este otro sentido, el trabajo resulta de gran utilidad, pues presenta, de manera ordenada, el registro material: estratigrafía y fases de ocupación, construcciones y materiales, además de los datos de cronología absoluta. Documentación gráfica abundante y de calidad sirve de apoyo a sus descripciones, culminando así un trabajo bien organizado y de excelente presentación.

Ahora bien, Cardoso no publica los resultados definitivos de una excavación, sino un avance exhaustivo y detallado de las campañas realizadas hasta 1988. El autor considera que el Proyecto de Investigación que está llevando a cabo en Leceia no finalizará hasta 1991, momento en el que podrá caracterizarse, por primera vez en Portugal, «la organización del espacio en un gran poblado calcolítico, en términos diacrónicos» (Cardoso, 1989: 36). En ese momento, se elaborará una nueva monografía que incluirá lo que en esta se echa de menos: análisis de tipo económico —faunísticos, paleobotánicos, sedimentológicos, etc.— para intentar en suma, «la reconstrucción, no sólo del modo de vida de la comunidad que habitó Leceia y de las relaciones por ella establecidas con otras comunidades (...), sino también la caracterización de las relaciones mantenidas con el medio circundante y, en cierta medida, la reconstrucción de éste, en una perspectiva paleoecológica» (Ibidem: 38).

La actual publicación constituye, por tanto, una mera anticipación parcial de la información que Leceia está produciendo y que ofrecerá en el futuro. Desde este punto de vista, sólo cabe agradecer a su autor la que incluso, y a la vista del lentísimo procesamiento de la información que caracteriza

a otras zonas, puede calificarse de deferencia académica. Sin embargo, en mi opinión, se hace notar la ausencia de un marco teórico explícito que hubiera llevado a formular una serie de preguntas para las que Leceia está a la vista de la información que se proporciona, dotada para responder, pero que de este modo seguirán quedando pendientes. Sin embargo, este comentario afecta ya al carácter de la Prehistoria portuguesa en general, no a la publicación que nos interesa. De ella sólo puedo decir, para concluir, que hubiera sido altamente deseable que los prehistoriadores historicistas-normativistas de otras procedencias hubieran sabido presentar tan escrupulosa y puntualmente los resultados de sus trabajos de campo como hace J. L. Cardoso con los de Leceia.

ALMUDENA HERNANDO GONZALO

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia.
Universidad Complutense. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

- CARDOSO (1980): «O povoado pré-histórico de Leceia (Lisboa, Portugal). Estudo da colecção do Escultor Alvaro de Brée. 1.ª parte». *Revista de Guimaraes*, XC.
- (1981): «O povoado pré-histórico de Leceia (Lisboa, Portugal). Estudo da colecção do Escultor Alvaro de Brée. 2.ª parte». *Revista de Guimaraes* XCI.
- CORREIA, S. H. (1980): «Povoados calcolíticos da Estremadura Portuguesa. Tentativa de abordagem económica». *Arqueologia* 2: 24-29. Diciembre 1980.
- CUNHA SERRAO, E. da (1979): «Sobre a periodização do Neolítico e o Calcolítico do território português». *Actas da 1.ª Mesa Redonda sobre o Neolítico e o Calcolítico em Portugal. Trabalhos do G.E.A.P.* 3: 147-182, Porto, Abril 1978.
- GILMAN, A. (1987): «Unequal development in Copper Age Iberia». En Brumfield, E. M. y Earle, T. K. (eds.): *Specialization, exchange and complex societies. New Directions in Archaeology*. Cambridge University Press: 22-29.
- GOMES LISBOA, I. (1985): «Meaning and messages: mapping style in the Iberian Chalcolithic». *Archaeological Review from Cambridge* 4, 2: 181-196.
- (1987): «The Tagus Beaker: Society, Form and Content». En Waldren and Kennard (eds.): *Bell Beakers of the Western Mediterranean. B.A.R. International Series* 331 (ii): 611-636.
- HERNANDO GONZALO, A. (1987): «¿Evolución cultural diferencial del Calcolítico entre las zonas áridas y húmedas del Sureste Español?». *Trabajos de Prehistoria*, 44: 171-200.
- KUNST, M. (1987a): *Zambujal. Glockenbecher und Kerblattverzierte Keramik aus den Grabungen 1964 bis 1973*. Mainz am Rhein, ed. Philipp von Zabern. Deutsches Archäologisches Institut. Madrid. Madrider Beiträge Band 5, 2.
- (1987b): «Bell Beaker Sherds in Zambujal, Portugal». En Waldren, W. H. y R. C. Kennard (eds.): *Bell Beakers of the Western Mediterranean. The Oxford Conference 1986. B.A.R. International Series* 331 (ii): 591-609.
- MORAIS ARNAUD, J. (1982): «O povoado calcolítico de Ferreira do Alentejo no contexto da bacia do Sado e do Sudoeste peninsular». *Arqueologia* 6: 48-64, diciembre 1982.
- SOARES, J. y TAVARES DA SILVA, C. (1975): «A ocupação pré-histórica do Pedrao e o Calcolítico da região de Setúbal». *Setúbal Arqueológica* 1: 53-154.
- TAVARES DA SILVA, C. (1987): «Calcolítico do Sul de Portugal: uma introdução». En: *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica. I. Papeles de Trabajo. Arqueologia*. Fundación José Ortega y Gasset. Oviedo 1987, págs. 65-83.
- TAVARES DA SILVA, C. y SOARES, J. (1981): *Pré-história da área de Sines. Trabalhos arqueológicos de 1972-77*. Gabinete da área de Sines. Lisboa.
- VAZ PINTO, C. y PARREIRA, R. (1979): «Acerca do conceito de *colonia* no Calcolítico de Estremadura». *Actas da 1.ª Mesa-Redonda sobre O Neolítico e o Calcolítico em Portugal. Trabalhos do G.E.A.P.* 3: 135-145. Porto, Abril de 1978.
- VITOR GUERRA, A. y VEIGA FERREIRA, O. da (1972): «A importancia da estação neolítica de Santa Olaia para o estudo do neolítico em Portugal». *Arqueologia e Historia* 9.ª serie, IV: 49-64.

MARTINEZ NAVARRETE, M. Isabel.: *Una revisión crítica de la Prehistoria española: La Edad del Bronce como paradigma*. Siglo XXI de España Editores, S.A., Historia. Madrid, 1989, 511 pp.

Cuando el lector alcanza la página 477 —la última del texto—, comprueba después que la bibliografía es tan exhaustiva como imaginaba, y que además, la autora ha incluido un completo índice de nombres, las palabras/clave para describir lo que siente son sinónimas: sorpresa y admiración.

Sorprende porque el lector habitual de obras sobre Prehistoria o Arqueología prehistórica no está en absoluto acostumbrado, al menos en nuestro país, a enfrentarse a un «libro de libros» que le obliga a colocarse dos escalones por encima de la «cota cero». Abajo quedan los *items*: restos y yacimientos arqueológicos de variada naturaleza, filosofías, modos de pensar implícitos y explícitos —mucho más abundantes, desde luego, los primeros—, situaciones concretas sociológicas o económicas, asunciones nunca demostradas y un largo etc., desde luego bastante complejo, que define con profundidad una parte importante del «modo de ser» de la Prehistoria europea.

A partir de ahí, es necesario subir un primer escalón para colocarse en el mundo de las *ideas* a las que esos *items* han dado lugar —o a las que se han adaptado—, por muy diversos caminos y a lo largo de varios decenios. Después hay que elevarse de nuevo, esta vez hasta el tercer escalón, para introducirse en el pensamiento de la autora y tratar de comprender, desde él, el hilo director de la obra.

Admiración porque todo ese impresionante caudal de datos se centra nada menos que en tres de los temas de la Prehistoria más debatidos y difíciles, y más sujetos a todo tipo de controversia: los aspectos teóricos-metodológicos que configuran nuestra particular parte de la Historia humana es el primero, después la periodización y por último la «Edad del Bronce» —esta última, al menos para muchos de los que no nos dedicamos a investigarla, siempre nos ha parecido un inmenso cajón de sastre en el que no sólo hay lugar para un número aparentemente infinito de investigadores, sino que, además, siempre ha habido, y al parecer siempre habrá, algo que «revisar» o algo que «excavar»—.

Si el primer sujeto es complicado, y exige bastante valor —claramente demostrado por la autora—, para abordarlo con seriedad en los finales de nuestro actual milenio, no lo es menos el segundo: la *periodización* ha supuesto la «columna vertebral» para la construcción de la Historia humana y no humana desde el siglo XVIII por lo menos. Su significado —el que se le ha querido

dar en cada caso—, ha sido muy diverso, y su análisis supone una revisión en profundidad de las *ideas* subyacentes y de los *resultados* conseguidos.

En este contexto, la «Edad del Bronce» no es la verdadera protagonista de la obra, aunque en el título aparezca como «paradigma». En realidad, podría no ser más que un pretexto que permite a la autora introducirse en la importancia concedida al «eje vertical» en la historia de la investigación prehistórica, y en las consecuencias de esa importancia para el momento actual.

Para comprender la coexistencia pacífica de los tres sujetos, volvemos de nuevo al símil de la escalera: sobre una base o «cota cero» denominada *Bronce*, subimos a un primer escalón, el de la *periodización* realizada sobre esa base —pero que puede servir, en su discurso, para cualquier otra—. El segundo escalón no puede comprenderse si no se sube al tercero, es decir, al complejo mundo interior del «concepto de Prehistoria», tanto a nivel general —como una versión específica del conocimiento científico—, como a un nivel particular muy concreto, es decir, dentro de nuestro país.

En esta ocasión, la autora no se coloca en otro escalón por encima, sino que su pensamiento constituye el cimiento que da unidad y consistencia a los tres peldaños —en realidad, la razón de que sea posible subir o bajar por ellos sin excesivos peligros—.

No resulta fácil para el lector acostumbrarse a este movimiento ascendente doble y simultáneo. La obra deja muy clara la segunda escalera: comienza por el peldaño más alto —el primer capítulo—, desciende después hasta la *periodización* —el segundo—, y se explaya luego en la Edad del Bronce, ese terreno desde luego nada llano, que da origen a los capítulos tercero y cuarto.

Pero para llegar a comprender todo esto, resulta necesario familiarizarse con la primera subida. Si el lector se coloca en la base —en los *items*—, es muy posible que no consiga enterarse de casi nada —en realidad, hacernos comprender la increíble distancia entre los datos y las teorías es uno de los mayores logros del libro—.

Si se coloca en el escalón intermedio, las posibilidades de comprensión integral resultan bastante mayores, ya que desde él se puede intentar mirar al mismo tiempo hacia abajo y hacia arriba. No hay duda, sin embargo, de que la mejor posición es la más alta —el hilo conductor, sutil y a menudo invisible, que va saliendo del pensamiento de la autora—. También es la más difícil, al menos para los lectores no excesivamente familiarizados con la peculiar idiosincracia de la Prehistoria. Por mi parte, lo leí la primera vez en una «actitud normal», es decir, colocándome en la base. Sólo llegué hasta el tercer capítulo. Desde él volví a comenzar, esta vez con la seguridad de que no me encontraba ante un «libro corriente» de Prehistoria.

Subir al segundo escalón cuesta, pero mucho más cuesta llegar al tercero. Por tratarse de un «libro de libros», la autora nos está transmitiendo «su» manera concreta de leer o interpretar las lecturas o interpretaciones que otras personas han hecho o hacen sobre *items* al parecer, bastante más pobres de lo que un ajeno —como es mi caso—, podría suponer. Está claro que el conocimiento de «su» manera resulta fundamental para la comprensión íntegra de la obra.

No es fácil, repito, pero tampoco imposible. Escondida en notas a pie de página, o en el interior de largas y complejas frases, de vez en cuando asoman expresiones-clave: «en mi opinión», «creo», «me parece», «desde mi punto de vista», etc.

Sobre todo, «su» manera, de una forma menos concreta pero más importante, está en el alma de la obra. En la página 109 —en realidad, al principio del trabajo—, nos habla de su «opción personal por la alternativa determinista». Es esta opción la que vertebra el libro y la «lleva a defender una reflexión sobre los aspectos formales del conocimiento científico —epistemología—, y sobre el objeto de dicho conocimiento y su instrumentalización metodológica». El conocimiento científico se convierte así en el objetivo final, presente a lo largo de todas las páginas. Bajo ese paisaje, la autora nos conducirá por el análisis de sus aspectos formales, de su objeto y de su instrumentalización.

Con un «alma» tan general —o ambiciosa—, como ésta, la reflexión continua a la que obliga su lectura puede «servir» de fondo para cualquier otro tipo de «objeto» o de «instrumentalización», dentro del campo de la Historia, y ya no sólo de la Prehistoria.

En efecto, temas como el de los diversos enfrentamientos a «la lectura del pasado», la oposición

entre «historia descriptiva» e «historia crítica» de la investigación, la posibilidad de extraer esquemas metodológicos no explícitos del análisis crítico de los sistemas de *ordenamiento* empleados (léase periodización, clasificación, etc.), el fenómeno de la conversión de algunos *instrumentos* de la investigación científica en *finés* de la misma, la elevación a la categoría de *tesis de hipótesis* no sólo no contrastadas, sino a veces ni siquiera consistentemente planteadas, y un largo e interesante etc., no son cuestiones que interesen *exclusivamente* a la Edad del Bronce, ni siquiera sólo a la Prehistoria. Cualquier investigador del pasado —y no sólo en su vertiente humana— podrá ver reflejada en ellas su propia realidad.

Desde ese punto de vista, la obra que comento se sale de los márgenes establecidos, rebasa las fronteras «tradicionales» y nos obliga a un ejercicio mental bastante saludable, estemos o no familiarizados con los problemas internos —la «cota cero»— de la Edad del Bronce. Creo que esta es la razón principal por la que me he atrevido a escribir estas palabras, aún cuando mi obra personal se encuentre tan lejos, cronológicamente hablando, de la primera metalurgia.

Otra razón para ello es mi total acuerdo con las líneas generales de la autora, tanto con su planteamiento inicial, como con el coherente y detallado resultado de su desmenuzamiento. La «inocencia» o la «asepsia» tradicionalmente planteadas como punto de partida para cualquier investigación, no suelen ser más que falacias —a veces intencionadas, otras veces, las más, desconocidas incluso por los propios autores—, y la asunción de esa realidad entre los trabajadores del pasado, puede convertirse en una de las principales piedras de apoyo para la consecución de una *efectividad en la dialéctica*, deseo que la autora resalta en su última frase.

Hemos comentado a veces esa curiosa tendencia de los escritores —sobre todo de los de Tesis doctorales— a dividir el mundo exterior en dos partes: antes y después de la realización de su obra. En este caso —y viene más a cuento, porque este libro es una parte de la Tesis doctoral de la autora—, resulta que es bastante cierto: no creo que sea posible escribir sobre «asepsias interpretativas», «independencias de la teoría», clasificaciones como «simples herramientas de trabajo», o asunciones generales nunca demostradas, entre otras muchas cosas, sin basarse, hacer referencia o intentar superar, el libro de M. Isabel Martínez Navarrete, y no sólo cuando se trate de la «Edad del Bronce».

Es cierto que el «metalenguaje» —ese tercer escalón— puede resultar incómodo que nuestra falta de costumbre a las alturas, pero eso no es más que un detalle —fundamental, por otra parte—, que hace la lectura de este libro aún más apasionante.

Quede patente mi admiración ante la capacidad analítica de la autora, ya demostrada en anteriores ocasiones, aunque nunca con la complejidad de ésta. Sobre todo, deseo dejar clara mi opinión sobre una obra valiente y comprometida, que hace historia del día de ayer, al mismo tiempo que ella misma se convierte en historia.

Es posible que existan en el texto fallos de carácter puntual que mi escasa formación sobre el tema tratado me impida localizar, pero estoy segura de que ninguno de ellos, si es que los hay, puede llegar a empañar lo más mínimo el valor de una obra que se nos presenta como un discurso complejo magníficamente entrelazado, en el que nada falta y nada sobra, y en el que tal vez lo único que se pueda echar de menos sea un lugar para la sonrisa.

M. ANGELES QUEROL

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Madrid.

JUDICE GAMITO, T. *Social Complexity in Southwest Iberia 800-300 B. C. The Case of Tartessos*, B.A.R. International Series 439, 1988; 295 pp., 51 figs. + 25 maps., Oxford, ISBN 0-86054-565-2

Viene al caso comentar una recientísima aportación a la ya ingente bibliografía especializada sobre Tartesos. Viene al caso porque pese a todo, nuestras certidumbres no son tantas, y su estudio sigue planteando numerosos problemas que el investigador deberá, con mayor o menor acierto, intentar siempre resolver. Por eso podría ser esta una buena oportunidad para desentrañar algunas de ellas. Pero parece aconsejable relegar aquellos planteamientos y las estrategias teóricas en que se inspiran que, ya probados, se manifestaron insuficientes para articular una respuesta armónica y coherente a la compleja maraña de interrogantes que una documentación intrincada e incompleta suscita. Lamentablemente no es este el caso que nos ocupa, por lo que quizá debería anticipar que la innovación y la claridad metodológica no es la característica más destacable de la obra que constituye el objeto de esta reseña. Sí lo es, en cambio, el empeño por ensayar una vez más soluciones conocidas y, por lo general, no compartidas por una gran parte de los investigadores. Tal vez no sea esta razón suficiente, se puede argumentar, para rechazar un nuevo intento, sin duda más elaborado, de resolver desde posiciones ya explicitadas las numerosas incógnitas que el tema continua planteando. Y ciertamente no hay razón alguna por la que no pueda suceder, y ejemplos hay al respecto, que la opinión mayoritaria yerre, estando las voces discordantes en uso de un juicio más aquilatado. Por ello pasaré sin más a exponer mi opinión al respecto sometiéndola a la consideración del lector.

Tras una introducción (pp. 4-24) en la que se plantea el entramado teórico acerca de las sociedades complejas, la historia de la investigación y una información geográfica centrada en la descripción del área y su entorno, así como en la formación y composición de los suelos en relación con los recursos mineros y la riqueza agrícola del territorio y su distribución, un primer capítulo dedicado al auge de Tartessos («The Rise of Tartessos-Aspects of Evolution and Interaction (c. 800-500 BC)») como resultado de una evolución matizada por procesos de interacción económica y cultural proporciona la primera oportunidad de entrar en la discusión.

Realiza la autora una reconstrucción de las comunidades autóctonas anteriores a la presencia de contactos y estímulos coloniales, que sólo considera a partir del 800 a. C., en la que sobresalen distintos aspectos, como es una situación de crecimiento demográfico acompañada de una doble jerarquización de estas comunidades: por un lado interna, como se demuestra en la localización de joyas o estelas decoradas en grandes necrópolis, y por otro zonal, manifestándose casi un principio

de relaciones y contrastes centro/periferia, coincidiendo los mayores y más prósperos asentamientos en los lugares ricos en mineral o con suelos muy feraces de carácter aluvial, mientras que necrópolis más pequeñas se sitúan en los alrededores (p. 27 ss.). Determinados signos, como la presencia de algunas fortificaciones, hacen sospechar un cuadro de inestabilidad regional más o menos intensa en un panorama que muy bien cabría definirse como de guerra interna. Nada de todo esto es nuevo, sin embargo, aunque muy bien puede aceptarse en sus líneas generales y coincide con el sentido de anteriores aproximaciones (Aubet, 1977-8: 86 ss.; Wagner, 1983: 12 ss.) que no siempre parecen haber merecido la atención de la autora, al menos en lo que las citas reflejan. En lo que ya no me parece posible el acuerdo es en la convicción de que el Bronce Final de la región, y tampoco esto constituye una novedad al respecto, conociera como se pretende una vez más una cultura caracterizada por un alto desarrollo tecnológico y social; pero pese a que se trata sin duda de una opinión antigua compartida por no pocos autores, las evidencias no apuntan precisamente hacia ese sentido y, como afirma Blázquez (1975: 275), los poblados del Bronce Final en el área tartésica no se destacan precisamente por su gran cultura material. Recientes trabajos (Alvar, 1980a: 248 ss.; 1980b: 45, 1988: 429 ss.) que la autora desconoce demuestran, además, la inexistencia de los periplos tartésicos y otras iniciativas en contra de lo que se pretende en la página 66.

No resultará tampoco sencillo seguirla en su interpretación, acorde con el más puro positivismo arqueológico, de las primeras navegaciones y contactos de los fenicios con Tartessos (p. 58 ss.); no es sólo la presión asiria lo que desata la expansión fenicia, sino un conjunto mucho más complejo de causas interrelacionadas (Aubet, 1987a: 64 ss.), y la reciente teoría de Gil sobre la identificación del Tarsis bíblico con el Tartessos Peninsular no va en contra de hipótesis como las mantenidas por Bunnens (1979: 348), Alvar (1982: 229) o yo mismo (Wagner 1986a: 205 ss.), en el sentido de que el término bíblico hiciera relación a un Occidente nebuloso e indeterminado. Precisamente por ello la cuestión Tarsis/Tartessos tiene relevancia no para el estudio de las comunidades peninsulares del Bronce Final-Hierro Reciente, sino por el contrario para el origen de las más antiguas navegaciones de los fenicios hacia Occidente, pero son éstos trabajos que la autora no considera.

No es nuevo tampoco el prejuicio expresado en la página 35 en la que textualmente se afirma que «los fenicios carecían del genio creativo de los griegos y no tienen, por así decirlo arte propio». No es de extrañar que, tomada esta aseveración como punto de partida, junto con otros deslices, como el que, inspirado en argumentos ofrecidos por Niemeyer, pretende hacernos creer (p. 64) que los asentamientos fenicios del litoral mediterráneo vivieron aislados y cerrados sobre sí mismos, sin contacto alguno de importancia con la población nativa, se llegue a considerar luego improbable la existencia de una aculturación de origen fenicio, y se decida por tanto buscar en otra dirección, resucitando una vez más el protagonismo helénico. Pero las cosas no son tan sencillas, pues por una parte los fenicios no carecieron, como cualquier mente guiada por pesquisas serias y no por prejuicios acientíficos puede suponer (Sznycer, 1979: 41 ss.), de su propio genio creativo. Una distorsión similar relativa al arte etrusco ha sido adecuadamente denunciada no hace mucho (Llobregat, 1982: 71 ss.), y parece que una exagerada influencia del ámbito greco-romano tiene mucho que ver con todo ello.

En cualquier caso, los presupuestos culturales e ideológicos deben dejar paso a investigaciones racionales para mostrar que así analizadas desde la perspectiva clásica tradicional de la civilización greco-romana muchas de las aportaciones culturales de fenicios y púnicos pueden parecer insignificantes, cuando en realidad no son más que distintas (Tatli, 1978: 219 y 230; Wagner, 1986b: 360 ss.). Es de esta forma que sus creaciones plásticas, por ejemplo, si se juzgan desde una óptica deformada por los cánones clasicistas del ámbito griego y romano, pueden antojárenos inferiores, si bien las realizaciones artísticas de estos cananeos conservan la ingenua frescura de una concepción vitalista y existencial del arte, más propicia del pensamiento oriental, en las que el arte por el arte y la pura inquietud estética apenas significan nada, y las expresiones artísticas raramente se disocian de todas aquellas otras propias de la existencia cotidiana.

Pero además, ni siquiera es cierto que a diferencia de los griegos entre los fenicios imperase una actitud xenófoba, como sostiene la autora apoyándose siempre en Niemeyer, que sería responsable

en parte del aislamiento de sus asentamientos coloniales en relación a la población local (p. 64); más bien al contrario. Como se sabe, un fuerte cosmopolitismo constituye una de las constantes vitales de la civilización fenicia y no parece un refuerzo adecuado para tal hipótesis. Los recientes hallazgos del Castillo de Doña Blanca (Cádiz) muestran que fenicios y población autóctona no tuvieron impedimentos para convivir estrechamente. Existen por otra parte algunos trabajos que demuestran que la asimilación cultural y étnica fue un fenómeno ampliamente difundido en el mundo colonial fenicio de Occidente, Península Ibérica incluida (Whitaker, 1974) y que conocidos por la autora, que los consigna en su momento en la bibliografía y hace incluso uso de ellos para otras referencias, no son sin embargo discutidos prefiriéndose una aceptación acrítica de la opinión de Niemayer. No parece un camino metodológico correcto.

Ni lo es la contradicción que supone el empleo ejemplarizante de una cita de Dussaud alertando sobre el peligro de las soluciones simples que ocultan una complejidad real que la penuria de nuestra documentación no deja entrever (p. 56), y la adopción inmediata de algunas de ellas para explicar el discurso histórico del mundo tartésico. He aquí una muestra: la crisis de Tiro en Fenicia provocada por asirios y neobabilonios es puesta en relación con la aparente y contemporánea crisis de los asentamientos fenicios peninsulares, como Toscanos, dentro de un esquema que pretende la existencia de una empresa colonial única dirigida desde aquella metrópoli. Pero los datos apuntan en otra dirección (Negueruela Martínez, 1979-80: 350; Garrido, 1983: 857; Lipiński, 1984: 100 ss.) y trabajos como el de Garbini (1966) o el de Whitaker (1974) así lo señalan, por lo que la aventura fenicia resultó mucho más policéntrica de lo que se le supone, y en la Península las inscripciones, la toponimia y las necrópolis lo confirman. Pues ni la crisis es general, ni se ha entrevisto la posibilidad, sugerida por Gran Aymerich (1988: 581 ss.), de una reorientación del poblamiento colonial en la zona, de un tránsito desde los *emporía* a la *apoikia* como los datos de Málaga parecen sugerir. Además, no es cierto que los fenicios «que mantuvieron fuertes y constantes contactos con su patria» no constituyeran nunca una chora independiente, con la única excepción de Cartago. ¿Y las de Motia, Solunto, Panormo, Sulcis, Caralis, Ebussus y Gadir citadas por las fuentes o conocidas por la investigación arqueológica, qué son entonces? Una vez más la idea es de Niemayer quien utiliza poco convincentemente una nada original interpretación de la leyenda sobre la fundación de Cartago (Wagner, 1987: 329 ss.).

Pese a que se afirme insistentemente (p. 65), los centros fenicios no son sólo factorías dedicadas a una actividad comercial sin relaciones con la población autóctona; numerosos indicios sugieren lo contrario: economía diversificada (Aubet, 1987b), posesión de una chora, asimilación laboral del elemento nativo, proyección hacia el interior, como en Cartama y Frigiliana, y colonización agrícola a lo largo del Valle del Guadalquivir y Extremadura como implicaciones de mezcla étnica. Lo contrario hubiera sido improductivo. Por ello diversificaron su economía lo que de paso explica su ubicación, que las simples consideraciones comerciales no han sido capaces de aclarar. Ni dependían tan directamente de Tiro pues otros centros participaron de la expansión fenicia (Sidón y Tell-Sukas y Chipre entre ellos), y en una segunda fase de la colonización desarrollaron sus circuitos propios con el fin de aminorar los costos de transporte y almacenamiento que el viaje directo desde Fenicia suponía (Wagner, 1988: 419 ss.). Así se puede decir que Toscanos y los demás asentamientos del litoral mediterráneo dependía mucho más directamente de Gadir que de Tiro o de cualquier otra metrópoli oriental.

Parece por tanto prematuro achacar a la acción griega buena parte de la influencia oriental y mediterránea sobre Tartessos, partiendo de premisas tan endeblas como el supuesto aislamiento de los asentamientos fenicios y su desaparición tras una crisis pretendidamente generalizada hacia finales del siglo VI a. C. Sobre todo, cuando aún no disponemos de asentamientos coloniales griegos que den razón de tal penetración (Tsirkin, 1986) y, se diga lo que se diga, el comercio por intenso que sea no basta para explicar por sí sólo los fenómenos de aculturación (Llobregat, 1976-8: 72 ss.; Domínguez Monedero, 1985: 436). Claro que tal pretensión no estará ausente, como veremos, de la argumentación, pues la autora considera haber encontrado una localización apropiada para Mainake. Sí que estoy de acuerdo en cambio con ella en la interpretación, que toma nuevamente de

Niemeyer (p. 52), en torno al problema Mainake/Toscanos. Aunque tal idea no es nueva sino que ha tenido valedores anteriores (Rosentingl, 1977: 769 ss.) que nuestra autora no parece conocer. Pero no queda claro, si se admite el razonamiento que ahora ha hecho suyo el citado investigador alemán, para qué es preciso buscar una nueva localización para Mainake.

No obstante el acuerdo es puntual, por lo que no suscribo su interpretación de la llegada de las importaciones griegas arcaicas a Tartessos, pues las manufacturas rodias están muy vinculadas a lo fenicio incluso en Oriente, donde en Rodas griegos y fenicios conviven sin dificultades (Coldstream, 1969; Plácido, 1989: 49-50). Por otra parte, como es ya sabido, el problema de la desaparición de la cerámica ática en Cartago es falso; curiosamente en la Península cuando llega más cerámica ática, a partir del siglo IV a. C. es también cuando aparecen más manufacturas procedentes de Cartago. No parece que haya existido, por consiguiente, una separación entre circuitos comerciales púnicos y helénicos. Por mi parte me es difícil percibir la existencia de ambos en Tartessos; aún más si considero que el problema rodio está todavía bajo discusión, ya que no es fácil la atribución segura de un origen a estas manufacturas, algunas de las cuales, como la gran jarra de una tumba de La Joya, y todas las semejantes, deben ser asignadas a una procedencia etrusca, y no rodia como se venía diciendo (Llobregat, 1982: 820) y hay que fecharlas en torno al 700 a. C.). Aunque tampoco veo porqué los griegos no iban a poder comerciar en Tartessos, aunque no parece que hayan colonizado. La excavación definitiva de Cancho Roano arrojará más luz al respecto.

Buena parte de las importaciones han podido ser traídas por los fenicios, como opina Sheftón (1982: 337 ss.). Al fin y al cabo había bastantes fenicios en Rodas y en la propia Península supuestas manufacturas rodias aparecen en asentamientos fenicios como Toscanos o Guadalhorce. Pero además, si hay griegos en Toscanos, lo cual es muy probable y también ha sido sugerido ya, entonces lo lógico es pensar en la existencia de una sola red comercial, la fenicia, utilizada también por los helénos. Además los aríbalos supuestamente rodios coinciden en su distribución con las ánforas SoS más antiguas y estas aparecen también en los asentamientos fenicios. Y si como ya se dijo el comercio no acultura ¿cómo explicar el potente sustrato semita presente en el mundo ibérico (Tsirkin, 1985: 259; Wagner, 1986c) si consideramos también que la presencia cartaginesa fue breve y por lo tanto incapaz de responsabilizarse por sí sola de tal situación, lo cual la misma autora reconoce?

Por ello cree encontrar puebas que permiten asignar determinadas importaciones mediterráneas a la iniciativa griega, como es el caso de los *obeloi*, cuya interpretación general (p. 43 ss.) no creo poder aceptar, pues parece más probable una utilización premonetal de éstos que su inserción en un posible sincretismo entre una diosa mediterránea del tipo de Hera y la Ataegina céltica (p. 45), pero ello no documenta aculturación, sino que puede deberse a un fenómeno de *reinterpretación e integración* que actúe inclusive sin contacto físico directo, intenso o permanente. De la misma forma, pretende minimizar la presencia fenicia al negar algunas de sus manifestaciones como los famosos escudos con escotadura en «v». Les asigna un origen europeo y sugiere que su localización en Iberia y en el Egeo debe tener un motivo común (pp. 40 y 105 ss.). No obstante, han sido objeto recientemente de nuevos estudios, como por ejemplo acerca de la forma de asirlos, que según todas las representaciones parece oriental y no griega, o el mismo hallazgo de un ejemplar similar a los figurados en las estelas del SO en Chipre, habiendo otros paralelos próximos en la pátera de Amathus (Blázquez, 1986), datos que la autora no maneja. Demasiadas omisiones en mi opinión en un trabajo de tal envergadura y, dicho sea de paso, abundan también en relación a otros temas, como cuando se trata la topografía antigua de Gadir (p. 60) manejando los datos de García y Bellido y obviando las últimas e interesantes aportaciones al tema (Escacena, 1985: 39-40).

Lagunas en la investigación, como esta, son acompañadas de errores metodológicos graves como cuando se intenta relacionar el origen de la escritura tartésica con una influencia cultural griega (p. 48 ss.), ante la dificultad que para la autora supone imaginar una procedencia del fenicio dado su tendencia cursiva por aquel entonces (p. 50); no obstante, como ella misma reconoce, el sistema tartésico responde a un semisilabario, cosa que no corresponde con el griego. ¿Por qué pues puede resultar una adaptación de éste y no de aquél? ¿Por qué esta hipótesis resuelve el problema de la

grafía disimilar? ¿Y el problema de la más que dudosa presencia griega responsable de tal préstamo? Me temo que aquí la autora, que intenta atribuir a los griegos influencias culturalmente intrusivas en Tartessos, para reforzar su argumentación acerca de una temprana y fructífera pesencia de éstos, elige precisamente una que requiere una previa demostración de la existencia de dicha presencia, con lo que cae en un argumento circular. Además se potencian excesivamente los testimonios arqueológicos acriticamente cuantificados en menoscabo de los históricos.

Mérito de la obra es, en cambio, insistir sobre el componente céltico o indoeuropeo en Tartessos (p. 90 ss.), aspecto éste últimamente un tanto descuidado por los investigadores, entre los que me incluyo, si bien algunas de sus pretendidas manifestaciones, como los ya mencionados escudos con escotadura en «v», son más que discutibles. Con todo se trata de una de las partes más interesantes del trabajo, que se inserta a continuación de una sección dedicada a las importaciones e influencia oriental (p. 70 ss.), entre las cuales no figuran los marfiles, ni la cerámica, que son considerados obra de talleres locales, como se afirma más adelante (p. 182). Así lo creo también. Por otra parte, estoy en total acuerdo con la autora cuando juzga que el mundo tartésico se encontraba fuertemente celtizado, al menos en un grado tan intenso cual fue la posterior influencia colonial externa de origen mediterráneo.

El siguiente capítulo: «Tartessos-700 to 500 BC» (pp. 132-7) expone las conclusiones de todo lo anteriormente expuesto: en el siglo VII Tartessos habría alcanzado un nivel de organización estatal que llega incluso a definir como un «reino poderoso» (p. 133). Otros estudios que la autora en su mayoría no recoge (Abad Casal, 1979: 184; Aubet, 1977-8: 105 ss.; Wagner, 1983: 14 ss.; Presedo, 1986: 44 ss.; Alvar, 1986: 166 ss.) presentan en cambio un cuadro bastante distinto, por lo que hubiera sido deseable al menos una discusión de sus argumentos. Personalmente creo que exagera bastante el proceso de transformación/reestructuración económica a partir de la demanda colonial de metales. No me parece probable, como ella piensa, que la demanda de plata produjera un «boom económico» (p. 134); en cualquier caso está claro que la nueva riqueza no afectó por igual a todos los segmentos de la población, sino que benefició particularmente a las élites aristocráticas y a sus artesanos dependientes. Pero no es de extrañar que se llegue a conclusión semejante cuando se parte del presupuesto de que, tanto en los sistemas económicos antiguos como en los modernos, la oferta/demanda es capaz de producir eso; no creo que sea necesario añadir mucho al respecto: las conocidas críticas de Finley, Polanyi o Shalins resultarán más que adecuadas. Parece, en fin que una vez más los árboles han impedido ver el bosque, pues uno tiene la impresión que se debe tal juicio a una sobrevaloración de los tesoros y otros artículos suntuosos disponibles sólo, como bien sabemos (Aubet, 1977-8: 98; Bisi, 1980, 225 ss.) para la élite, siendo la realidad material del resto de la población mucho más sencilla. No hay que olvidar que, en realidad, las relaciones económicas que la interacción colonial introdujo en Tartessos, se inscriben dentro de un contexto de *intercambio desigual*, que si bien puede producir una situación de relativa prosperidad y dependencia en los grupos dominantes, pero que difícilmente dará lugar a un fuerte desarrollo económico generalizado, como se pretende, sino más bien a una situación muy distinta más próxima a una desestructuración y de consecuencias no tan halagüeñas.

Por consiguiente, es difícil que Tartessos haya llegado a existir nunca como un Estado, a no ser que lo fuera antes de la interacción colonial (cosa sumamente improbable), como afirma una vez más en la página 135. Es también difícil que Habis haya sido realmente el fundador de una monarquía tartésica pero resulta todavía más difícil considerar benévolamente la aceptación acritica del conocido texto de Justino sobre la situación interna de Tartessos, y aún más el desconocimiento de la más reciente polémica científica sobre la autenticidad histórica del documento (García Moreno, 1979; Bermejo Barrera, 1978: 215 ss., 1982: 61 ss.; Wagner 1986a: 218; Prasedo, 1986: 44 ss.). En este estado la metodología, no sorprenderá que se insista una vez más (p. 137) en el origen greco-oriental de la mayor parte de la aculturación detectada, confundiendo esta con la *difusión cultural* que resulta un fenómeno muy diferente, y a partir de dos ejemplos metodológicamente tan endebles por las razones ya antes expuestas como es el origen de la escritura (p. 137) y la dudosa adopción de ciertos ritos religiosos. Consciente sin duda la autora del riesgo que todo ello supone,

T. P., 1990, nº 47

intenta encontrar una solución satisfactoria en una propuesta que constituye la mayor novedad de la obra: la localización de Mainake o Mainuba sobre el litoral portugués del Algarbe; no es, sin embargo, que los argumentos no resulten convincentes, sencillamente no se presentan, con lo que todo depende de la buena predisposición del lector para aceptar el testimonio de la autora. Así las cosas «el rol fenicio parece haber quedado restringido a las actividades propiamente comerciales (al revés de lo que ocurría hasta ahora, en que eran los griegos quienes se veían relegados a tal condición, he aquí otra de las novedades del trabajo) ... trayendo cerámica fina y otros artículos de lujo, que pronto comenzaron a ser reproducidos por los artesanos ibéricos, y llegaron a convertirse en favoritos objetos de ostentación por las élites» (p. 137). ¡Y todo ello pese a que la influencia cultural dominante se pretende griega!

A continuación un nuevo capítulo: «Tartessos Peripheral areas: their cultural and economic development (c. 500-300 BC)» (pp. 138-169) pasa revista principalmente a las actividades económicas en la periferia tartésica a lo que también se ha dado en llamar el hinterland tartésico, trayendo además a colación, como ejemplo ilustrativo, la presentación del estudio sobre un caso concreto: «The case study of Sta. Eulalia» (p. 149 ss.) que comprende el análisis de las caracterizaciones territoriales y sus límites, la aplicación de una estrategia probabilística modelo, la búsqueda de una jerarquía del lugar desde una perspectiva sincrónica y el estudio de las actividades económicas como la agricultura, el pastoreo, la caza, la explotación minera y el comercio y artesanado. Siendo el mío fundamentalmente el comentario de un historiador, pasaré por alto dicha presentación.

Un último capítulo de conclusiones generales: «Social organization and Development in Southwest Iberia. Concluding aspects» (pp. 170-184) merece a mi juicio, los siguientes comentarios. Estudios y aproximaciones a la diferenciación social en Tartessos basados en los vestigios de las prácticas funerarias ya habían sido hechos con anterioridad (Aubert, 1977-8: 94 ss., 447 ss.), pero las conclusiones que aquí se expresan parecen exageradas. No creo que se pueda hablar de estratificación acusada en Tartessos (p. 175), si por estratificación se entiende lo que creo debe entenderse: presencia de grupos relativamente densos de individuos que se distinguen por poseer un modo de vida y unos niveles de ostentación y consumo que se distinguen de los restantes en un contexto en que operan las condiciones necesarias para reproducir tales circunstancias. O si se prefiere la definición de la Enciclopedia de Antropología de Hunter y Whitten: «concepto que hace referencia a un ordenamiento de categorías o subgrupos en el seno de una sociedad para constituir un modelo de rasgos socialmente superiores e inferiores respectivamente. El elemento clave en todo sistema de estratificación es la *inequidad*: Los diferentes rangos sociales presentan un acceso diferencial a los bienes y objetivos de estima (propiedad, medios de reproducción, poder, privilegio, fortuna, símbolos de prestigio) en la sociedad» (1981: 275). Como se comprobará, en ambos casos se habla de «grupos» y parece que se confunde una sociedad que se pretende «muy estratificada», en la que las necrópolis muestran como dos o tres individuos, a lo sumo, tienen derecho a un sepelio excepcionalmente rico, con otra con una jerarquización acusada o una estratificación incipiente; pero ambas cosas no resultan lo mismo.

He de decir, por otra parte, que no comparto tampoco la aproximación a las cuestiones ideológicas a través de la estrategia estructuralista (pp. 176-180) porque creo, como Harris (1982: 188 ss.) que no resulta una forma de pensar adecuada ni coherente, y por lo tanto difícilmente puede aportar solución alguna, amén del galimatías intelectualoide, a interrogantes serios. Y por supuesto que estoy de acuerdo con la autora en que la ideología forma parte de los mecanismos de formación de estructuras estatales —yo mismo me he ocupado del asunto en otra parte (Wagner, 1989)—, pero no creo que en el caso que nos ocupa haya sido el elemento de un sistema político que, como se pretende, se habría desarrollado desde un «estado modular» hasta alcanzar las características propias del «Estado asiático» (p. 183). Desde luego la documentación que poseemos no permite afirmar tanto y recientes estudios, a los que ya he aludido, sugieren una estatilización muy incipiente al final del período tartésico o, en su defecto, una total ausencia de esta. La exagerada suposición de una estratificación acusada y de una gran cultura material en Tartessos es responsable de ello en buena parte. ¿Dónde hay algún testimonio de escritura tartésica de índole administrativa?

El agotamiento de las minas de plata es presentado (*ibid*) como causa del resquebrajamiento de Tartessos y de la aparición de los posteriores reinos ibéricos en sus zonas de influencia. Es esta una opinión que comparto y que yo mismo he defendido, pero no creo que sea la causa única de la desaparición de Tartessos. Además hay que traer a colación la competencia massaliota sobre el comercio del estaño, y el ascenso de Cartago al frente de las empresas comerciales en Occidente, que si bien sólo supone un control moderado también conlleva una hegemonía, como en el caso ateniense. Pero Cartago tenía sus intereses puestos en otra vertiente del mediodía peninsular como demuestra la distribución de su comercio a partir del siglo V a. C.

En fin, pienso que la mayor parte de lo que hay criticable en este trabajo se debe a la particular estrategia ecléctica en que la autora se mueve en el campo teórico. Como ella misma afirma en la página 184 del libro, por parecerle el funcionalismo demasiado materialista y, por el contrario, el estructuralismo demasiado idealista, intenta una síntesis pragmática de ambos. No es lugar ni ocasión para discutir las ventajas e inconvenientes de adoptar una estrategia ecléctica en la investigación, pero por mi parte considero que las soluciones que se obtengan serán poco armónicas y coherentes y remito a quienes han tratado el problema mucho antes y mejor que yo (Harris, 1982: 314 ss.).

Termina la obra con una extensa bibliografía que, no obstante, presenta las lagunas ya señaladas, algunas muy importantes como los trabajos ya mencionados de Bunnens, Domínguez Monedero, García Moreno, Bermejo, Alvar y Blázquez, seguida de una serie de apéndices dedicados a las estelas extremeñas, los datos del CI4, las inscripciones del S.O., hallazgos de huesos, y el área propuesta como modelo de estudio. El libro cuenta además con índices de láminas, tablas, apéndices, figuras y mapas situado al comienzo del mismo. Entre alguno de los errores tipográficos detectados figuran los de la página 51 y el pie de la figura 16 en donde reza Cartagena y en realidad debe poner Carteia, pero no abundaré más en estos detalles meramente formales.

CARLOS G. WAGNER

Dpto. de Historia Antigua. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

- ABAD CASAL, L. (1979): «Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la cultura ibérica», *AEA*, 52: 175-194.
- ALVAR, J. (1980a): *La navegación prerromana en la Península Ibérica*, Madrid.
- (1980b): «El comercio del estaño atlántico durante el período orientalizante», *MHA*, IV: 43-49.
- (1982): «Aportaciones al estudio del Tarsis bíblico», *RSF*, X: 211-230.
- (1986): «Theron, rex Hispaniae Citerioris», *Gerión*, 4: 161-175.
- (1988): «La precolonización y el tráfico marítimo fenicio por el Estrecho», *Congreso Internacional: El Estrecho de Gibraltar*, I, Madrid: 429-443.
- AUBET, M. E. (1977-1978): «Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico», *Pyrenae*, 13-4: 81-107.
- (1984): «La aristocracia tartésica durante el período orientalizante», *Opus*, III: 445-468.
- (1987): *Tiro y las colonias Fenicias de Occidente*. Barcelona.
- (1978b): «Notas sobre la economía de los asentamientos fenicios del Sur de España», *Dialochi di Archeologia*, 2: 51-62.
- BERMEJO BARRERA, J. (1978): «La función real en la mitología tartésica. Gargoris, Habis, Aristeo», *Habis*, 9: 215-232.
- (1982): *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Madrid.
- BISI, A. M. (1980): «Elementi orientali e orientalizzante nell'artigianato tartessio», *RSF*, VIII: 225-235.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1975): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca.
- (1986): «La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz), y el origen fenicio de las estelas y carros representados en las losas de finales de la Edad del Bronce en la Península Ibérica», *AEA*, 59: 191-198.
- BUNNENS, G. (1979): *L'expansion phénicienne en Méditerranée*, Bruselas-Roma.
- COLDSTREAM, J. H. (1969): «The Phoenicians of Ialysos», *BICS*, 1-8.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (1984): «Reinterpretación de los testimonios acerca de la presencia griega en el Sudeste peninsular y Levante en época arcaica», *Homenaje a L. Siret*: 60-1-610.

T. P., 1990, nº 47

- (1985): «Focea y sus colonias: a propósito de un reciente coloquio», *Gerión*, 3: 357-378.
- ESCACENA, J. L. (1985): «Cádiz», *AO*, III: 39-57.
- GARBINI, G. (1966): «I Fenici in Occidente», *SE*, XXXIV: 111-147.
- GARCÍA MORENO, L. (1979): «Justino 44, 4 y la historia interna de Tartessos», *AEA*, 52: 111-130.
- GARRIDO ROIZ, J. P. (1983): «Presencia fenicia en el área atlántica andaluza: la necrópolis orientalizante de La Joya (Huelva)», *I Congreso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, III, Roma: 857-863.
- GRAN-AYMERICH, J. M. J. (1988): «Málaga fenicio-púnica y el Estrecho de Gibraltar», *Congreso Internacional: El Estrecho de Gibraltar*, I, Madrid: 577-592.
- HARRIS, M. (1982): *El materialismo cultural*, Madrid.
- HUNTER, D. E. y WHITTEN, PH. (1981): *Enciclopedia de Antropología*, Barcelona.
- LIPINSKI, E. (1984): «Vestiges Pheniciens d'Andalousie», *OLP*, 15: 81-132.
- LLOBREGAT, E. A. (1976-8): «Orígenes de la cultura ibérica en Contestania», *Ampurias*, 38-40.
- (1982): «Iberia y Etruria: notas para una revisión de las relaciones», *Lucentum*, I: 71-91.
- NEGUERUELA MARTÍNEZ, I. (1979-80): «Sobre la cerámica de engobe rojo en España», *Habis*, 10-11: 335-359.
- PLÁCIDO, D. (1989): «Realidades arcaicas en los viajes míticos a Occidente», *Gerión*, 7: 41-52.
- PRESEDO, F. (1986): «La realeza tartésica», *Tartessos (Rev. de Arq. s. ex. nº 1)*: 44-57.
- RÖSENSTINGL, R. (1977): «Mainake: el enigma de un emporio», *CAN*, XIV: 769-780.
- SHEFTON, B. B. (1982): «Greeks and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula. The Archaeological Evidence», *Phönizer in Westem: Madrider Beiträge*, 8: 337-368.
- SZNYCER, M. (1979): «L'expansion phenico-punique dans le Méditerranée occidentale: problemes et methodes», *II Congrès International d'Etude des Cultures de la Méditerranée occidentale*, Argel: 35-48.
- TATLI, S. (1978): *La Carthage punique. Etude urbaine*. Paris.
- TSIRKIN, JU. B. (1985): «The Phoenician Civilization in Roman Spain», *Gerión*, 3: 245-270.
- (1986): «The Greeks and Tartessos», *Oikumene*, 5: 163-171.
- WAGNER, C. G. (1983): «Aproximación al proceso histórico de Tartessos», *AEA*, 56: 3-36.
- (1986a): «Tartessos y las tradiciones literarias», *RSF*, XIV: 201-228.
- (1986b): «Critical Remarks concerning the Supposed Hellenization of Carthage», *REPPAL*, II: 357-375.
- (1986c): «Notas en torno a la aculturación en Tartessos», *Gerión*, 4: 129-160.
- (1987): «Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. A propósito de una publicación reciente», *Gerión*, 5: 317-344.
- (1988): «Gadir y los más antiguos asentamientos fenicios al Este del Estrecho», *Congreso Internacional: El Estrecho de Gibraltar*, I, Madrid: 419-428.
- (1989): «La jefatura como instrumento de análisis del historiador: 91-108 cuestiones teóricas y metodológicas», *Espacio y organización social*, Madrid.
- WHITAKER, C. R. (1974): «The Western Phoenicians: Colonisation and Assimilation», *PCPhS*, 200: 58-79.

NICHOLSON, P. P.: «*Iron Age Pottery Production in the Hünserück-Eifel-Kultur of Germany. A World System Perspective*». B.A.R. Int. Ser. 501, 1989. 304 pp: Oxford. ISBN-0-86504-642 X.

Los estudios analíticos de fábricas cerámicas, con el objetivo de descubrir las proveniencias de los productos cerámicos protohistóricos, están adquiriendo un enorme interés de cara a determinar formas de organización de la actividad alfarera, niveles tecnológicos, especialización y estandarización de la producción, ámbitos de distribución o áreas de mercado e intercambios. Todo ello tiene una clara relevancia en la caracterización socio-económica de las comunidades protohistóricas.

El desarrollo de las técnicas arqueométricas ha sido importante en las dos últimas décadas como demuestra la extensa bibliografía sobre el tema. Pero frente a los avances analíticos en el campo de la ceramología hay que reconocer que, en muchos casos, los estudios realizados han quedado frecuentemente limitados a aspectos meramente descriptivos y en muy escasa medida integrados en problemas de interpretación histórica más o menos generales. El estudio de Nicholson se inscribe precisamente en este segundo caso: la analítica cerámica está en función del estudio de la producción y distribución de la cerámica y su papel dentro de la cultura de Hünserück-Eifel en la Segunda Edad del Hierro; todo ello desde una perspectiva general de «Sistema-Mundo», tan de moda en estos últimos años en la Protohistoria Europea.

Tras el declive de los grandes centros hallstáticos centroeuropeos, el centro de gravedad se desplaza a comienzos de La Tène al área de Hünserück-Eifel, aunque con rasgos diferentes a la época precedente, fundamentalmente con una estructuración económica menos organizada, con diferencias sociales menos marcadas y un menor grado de centralización socio-política. El ensayo de Nicholson se extiende desde la Hünserück-Eifel-Kultur I (HEK I) equivalente al Ha. D hasta el final del HEK II (La Tène A/B). El autor realizó un detallado muestreo en los museos alemanes de la zona, no exento de problemas por las formas de organización de los propios museos, que al final se tradujo en el análisis de cerca de 425 muestras de lámina delgada que se seleccionaron tratando de mantener: a) una cobertura lo más amplia posible del área a través de diversos yacimientos, b) un equilibrio entre las muestras de cerámicas de poblados y necrópolis, algo sesgado a favor de los primeros (270 contra 153), c) una muestra equilibrada por períodos y (d) una cronología bastante precisa para todas las muestras.

El trabajo se organizó en dos etapas, una a nivel macroscópico y otra a nivel microscópico (lámina delgada). En la primera se intentó una atribución provisional de fragmentos a «fábricas» de forma visual tomando como criterios: el color, la dureza, la fractura, la distribución y tamaño de

inclusiones y el tratamiento de superficies. Con todo ello se rellenaron unas fichas estandarizadas y se realizaron agrupamientos por ordenador. La idea era contrastar la validez de esta identificación inicial de «fábricas» con la segunda realizada a nivel microscópico. En ésta, el análisis de lámina delgada reveló la existencia de 13 «fábricas» con desigual representación por áreas y periodos. Especial interés ofrece el intento de relacionar formas cerámicas con tipos específicos de «fábricas», cuyo resultado, no obstante, se ve limitado por el hecho de que la mayor parte de los fragmentos analizados correspondían a vasos de forma desconocida (algo exigido por el traslado de muestras fuera de los museos alemanes).

La interpretación de los resultados analíticos permite una serie de conclusiones interesantes:

- a) la adscripción de ciertas «fábricas» a determinados períodos de forma exclusiva.
- b) la existencia de unas pocas «fábricas» en áreas concretas con una distribución relativamente amplia, y que además se vinculan a formas específicas, especialmente en el área del Alto Nahe, que parece ser en la fase HEK II el centro de producción a torno más importante —muy posiblemente con especialistas a tiempo completo— y coincide, significativamente, con la zona de mayor concentración de tumbas ricas. Todo ello probaría la existencia de una cierta centralización de la producción cerámica, pero sólo a nivel regional.
- c) la ubicuidad de bastantes «fábricas», por el contrario, aboga por la idea de intercambios regionales entre el sector Este y Oeste de Hünserück-Eifel y por tanto expresaría, en general, un bajo nivel de centralización.
- d) las «fábricas» menos comunes revelan producciones muy localizadas, producciones domésticas a pequeña escala destinadas al autoconsumo.
- e) hay «fábricas» que, según revelan los experimentos de recocción, son más duras y resistentes al impacto térmico como resultado de ciertos degreasantes añadidos. Son mayoritarias en poblados, probando así su función doméstica de cocina, y muy raras en necrópolis; por tanto cabe hablar de una producción cerámica especializada para usos domésticos y para usos funerarios.

Esta organización y producción de la cerámica en el área Hünserück-Eifel hay que entenderla dentro de un sistema, como he señalado al principio, menos centralizado y organizado que los últimos centros hallstáticos de Centroeuropa. Las élites locales de Hünserück-Eifel en la fase La Tène A (470-300 a. C.) se reconocen en el incremento de las tumbas de carro y por las importaciones de bronce itálicos, pero en cualquier caso los intercambios con el Norte de Italia a través del Valle del Ticino no tuvieron la entidad de las anteriores transacciones entre el mundo hallstático y el Mediterráneo. Las élites locales latenienses, que posiblemente ofrecieron minerales —hierro y oro— a cambio de los bronce salidos de talleres norítálicos, no mantuvieron intercambios directos y desde luego las manufacturas mediterráneas no crearon, como en el caso precedente hallstático, una dependencia del mundo mediterráneo, lo que explicará que en la fase siguiente La Tène B (300-250 a. C.), aún cuando se detecte un descenso de la riqueza amortizada en las tumbas y de los contactos meridionales, no se produjera un colapso como el del final del Ha. D.

El estudio de Nicholson ofrece dos elementos valiosos para esta línea de investigación en el futuro, por un lado la consideración de sus aportes analíticos, como la importancia del análisis del tamaño del grano en las inclusiones y los experimentos de recocción, y por otro la necesidad de integrar esos análisis ceramológicos en un contexto socio-económico y político, que permita más adelante comparaciones entre distintas áreas. Es interesante en este sentido destacar que el trabajo de Gosden (1987) referido a la cerámica en torno de La Tène A en Bohemia parece dibujar un cuadro algo parecido, con la identificación de, al menos, cinco «talleres» que difieren en el tamaño del área que cubren: los del NO. pequeñas regiones de 30-40 kms. como máximo, mientras que en el centro, sur y oeste las cerámicas parecen haber circulado a mayores distancias. Aquí da la impresión de que encontramos también dos modelos básicos de producción e intercambio de cerámicas torneadas: uno con talleres especializados que abastecen a pequeñas áreas y otro con talleres que

producen a escala más grande. Es posible, con todo, que, como en el estudio aquí reseñado, las limitaciones de muestreo no estén reflejando toda la realidad.

La vía de aproximación por análisis de lámina delgada pare reconstruir formas de producción y distribución cerámica será muy interesante en el futuro contrastarla con otra de las aproximaciones cerámicas que ha recibido bastante atención: el análisis de la variabilidad estilística como indicador de interacción social, y que ha llevado a definir «áreas estilísticas», como los estudios del centro-sur de Gran Bretaña. Contrastar los resultados arqueométricos con los análisis estilísticos puede arrojar mucha luz en la comprensión del valor de las cerámicas como indicadores de posibles identidades étnicas, intercambios y formas de contacto y asimilación socio-cultural.

No cabe duda que, en un futuro próximo, el desarrollo y la complementariedad de los procedimientos analíticos y la construcción de teoría y metodología estrictamente arqueológica será la mejor garantía para avanzar en la comprensión del pasado, y eso en definitiva ha tratado de hacer, con algunos problemas y limitaciones, la obra de Nicholson. Entre nosotros, las escasas aportaciones en el terreno de la ceramología analítica ofrecen todavía una panorama pobre que es urgente empezar a modificar, consiguiendo para ello laboratorios, como el de reciente creación en la Universidad Autónoma de Madrid, y la dotación de plazas para especialistas, algo lamentablemente no asumido por nuestras Universidades.

GONZALO RUIZ ZAPATERO

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

GOSDEN, CH. (1987): «The production and exchange of La Tène A wheel-turned pottery in Bohemia», *Archeologické Rozhledy*, XXXIX: 290-316.

QUESADA SANZ, F.: «*Armamento, guerra y sociedad en la necrópolis ibérica de "El Cabecico del Tesoro" (Murcia, España)*». BAR International Series 502 (1989) vol. I, 345 pp.; vol. II, 302 pp. Oxford. ISBN: 0-86054-643-8.

Es un hecho asumido y repetido hasta la saciedad en nuestros manuales y monografías que la sociedad ibérica tenía un fuerte componente bélico, y que los mercenarios peninsulares eran reclamados en los distintos ejércitos mediterráneos por su arrojo y resistencia. Esta afirmación, basada en las fuentes y en los datos arqueológicos —abundancia de armas en las sepulturas— no había sido objeto, sorprendentemente, de un análisis interno detallado que nos permitiera saber, no sólo cómo luchaban los íberos, sino también qué segmento de la sociedad lo hacía y cómo influía esta actividad en el contexto simbólico y ritual. Esta interesante parcela del conocimiento ha sido abordada con acierto por el autor, que como veremos, va más allá de los tradicionales modelos de estudio, ofreciéndonos un panorama abierto a la discusión y a nuevas investigaciones más documentadas.

Los dos volúmenes que presenta Quesada, con un total de casi 650 páginas, están dedicados a analizar el armamento de un yacimiento que asombra, tanto por el número de tumbas recuperadas —unas 600—, como por una casi nula proyección bibliográfica. En efecto, lo primero que el lector observa es cómo el «*Cabecico del Tesoro*» resulta un ejemplo paradigmático de la falta de objetivos que han regido la investigación hasta el momento actual, sólo comparable a la ausencia del lógico control que debía ejercerse sobre las inversiones que han permitido exhumar nuestro patrimonio arqueológico y que luego no se han visto compensadas por una adecuada publicación y conservación de los materiales. El problema de los yacimientos excavados hace tiempo y sin una aceptable documentación nos plantea un difícil reto que pone a prueba a menudo la paciencia y la aptitud detectivesca del investigador, obligado a leer cuadernos de campo difícilmente descifrables y convertidos a su vez en objetos a restaurar, así como a localizar cajas perdidas en los almacenes de los museos en las que las etiquetas han desaparecido, y en cuyo interior las piezas han acelerado su proceso de destrucción.

A pesar de todo, el autor de esta obra ha salido, al parecer, ileso de la experiencia, y teniendo en cuenta la falta de información sobre este tema en la bibliografía al uso, ha realizado un trabajo analítico de sumo interés que abre nuevos campos en la investigación, y ayuda a plantear propuestas alternativas a la mera descripción crono-tipológica. Desde una postura que recoge sin cuestionar los principios básicos de la «Nueva Arqueología» respecto a la información funeraria, el autor centra su

interés en establecer un nexo entre sociedad, guerra y armamento, pero la obra, como fruto que es de una extensa Memoria de Licenciatura, se ciñe al ejemplo del «Cabecico», y aún estableciendo algunos paralelos con El Cigarralejo, se deja para una próxima obra —su Tesis Doctoral— la valoración de las armas ibéricas en un contexto más general.

El índice es muy complejo, y tras presentar el yacimiento, se hace especial hincapié en la obtención de cronologías y en el establecimiento de criterios de riqueza o «valor» extraídos de los elementos de ajuar, ya que se carece de información alusiva a la construcción o disposición topográfica de las sepulturas, ambos factores clave para la interpretación social vertical u horizontal a la que se refiere el texto. Un estudio detallado del armamento tanto ofensivo como defensivo da paso al establecimiento de 144 conclusiones que quizás hubiera convenido jerarquizar o al menos agrupar, ya que no todas tienen el mismo rango. Una de las más interesantes es la constatación de que el ibero luchaba a pie y cuerpo a cuerpo, y no a caballo o a distancia como tantas veces se ha afirmado. Asimismo, se aprecia que las tumbas con armas suelen estar entre las más ricas del promedio social, y que éste presenta mayores diferencias de rango en los siglos IV-III que en el s. II. Paralelamente, van tratándose asuntos accesorios que han tenido una incidencia repetida en la bibliografía, como la adecuación de los análisis antropológicos sobre huesos quemados, la cronología de la destrucción escultórica o la verdadera finalidad de la inutilización de las armas.

En este comentario no me puedo extender en la discusión del contenido de la obra, ya que prácticamente cada una de las conclusiones podría ser debatida. Como un ejemplo podría señalarse la suposición de que una menor jerarquización aparente de ajuar en el s. II reflejaría una sociedad algo más igualitaria, cuando sabemos que en esas fechas el urbanismo de los poblados está ya extraordinariamente desarrollado, y que los santuarios se han consolidado desde el s. III, revelándose por tanto una sociedad mucho más compleja que en épocas anteriores. Tan sólo querría hacer un comentario de orden práctico, alusivo al sistema numerado de notas que remite a un listado de las mismas al final del volumen, y que a su vez nos obliga a revisar una lista bibliográfica que está al final del segundo volumen. Sería preferible incluir las notas al pie de cada página, o recurrir al sistema americano de citas, combinable con el anterior. En cualquier caso, se trata de una obra que plantea un importante punto de partida, y que está en línea con una serie de trabajos que surgieron a raíz del hallazgo del monumento de Pozo Moro, cristalizándose recientemente en grandes memorias como la de El Cigarralejo, y en una corriente que se plasma ahora en trabajos que como éste van a hacer entrar el panorama ibérico en una nueva etapa de investigación.

TERESA CHAPA BRUNET

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia.
Universidad Complutense. Madrid.

LOPEZ MONTEAGUDO, G. (1989): «*Esculturas Zoomorfas Celtas de la Península Ibérica*». *Anejos del Archivo Español de Arqueología*, vol. X, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 203 pp., 6 figs., 88 láminas.

Las revistas de investigación representan una parte esencial de la publicación académica, por cuanto el avance y desarrollo de una disciplina se sigue en este tipo de publicaciones. Desde 1940 el Departamento de Arqueología del CSIC ha venido manteniendo ininterrumpidamente la publicación de la serie *Archivo Español de Arqueología*, fenómeno nada desdeñable si tenemos en cuenta las dificultades que las publicaciones arqueológicas han conocido en nuestro país. Constituida fundamentalmente por artículos, los trabajos monográficos han encontrado una salida en las colecciones anejas de esta misma serie, publicadas, con menor regularidad, desde 1951. Sin embargo, la verdad es que sólo ciertos trabajos, y no siempre los mejores, llegan a publicarse como libros, lo cual va en detrimento tanto del lector como de la institución responsable. Quizás sea este un buen momento para reflexionar detenidamente sobre el asesoramiento «científico» que interviene en la acepción o rechazo de determinadas obras.

Transcurridos once años de lo que fue en su día objeto de una Tesis Doctoral, G. López Monteagudo retoma el problema de las esculturas zoomorfas celtas de la Península Ibérica. Los nuevos hallazgos habidos en España y Portugal, así como las novedades bibliográficas acaecidas estos últimos años, brindaban la oportunidad de poner al día la catalogación realizada por ella misma en 1976. A partir de la base informativa —la escultura— la autora plantea su trabajo en tres niveles: primero, el entorno geográfico-cultural en base a las evidencias materiales y lingüísticas, segundo, el catálogo propiamente dicho, y tercero, el estudio cronológico-funcional de estas manifestaciones.

La primera parte dedica sus páginas a una minuciosa acumulación de datos sobre hábitat, cerámica, armamento, orfebrería y lengua, lejos de cualquier interpretación conjunta que una visión de síntesis requiere. Es más, resumir una entidad de análisis tan compleja y espinosa como es el Bronce Final y la Edad del Hierro en la Meseta Occidental, sin un sólo juicio crítico sobre la problemática global que rodea este período y carente, en más de una ocasión, del riguroso conocimiento que muchas de estas parcelas requiere, no deja de ser una osadía de quien pretende construir una realidad histórica coherente a partir de las fuentes arqueológicas y epigráficas. Sirva de ejemplo lo siguiente. Hablar de una primera Edad del Hierro o Cogotas I —con antecedentes en el Bronce Final— y una segunda Edad del Hierro o Cogotas II, así como explicar las características

culturales de una y otra fase a partir de la llegada de pueblos distintos, nos lleva implícitamente a mantener posiciones tradicionales puestas hoy en revisión. En primer lugar, la etuación Cogotas I = Hierro I / Cogotas II = Hierro II, es extremadamente difícil si, entre otros muchos factores, atendemos a las fechas calibradas del C-14 que, para contextos Cogotas I en la Meseta, no van más allá del siglo IX a. C. En segundo lugar, el antiguo marco explicativo de invasiones no resulta, hoy por hoy, nada convincente, sin que por ello neguemos la presencia de mecanismos de difusión de otra naturaleza. En el fondo, de lo que se trata, es de comprender o limitar la esencia de tales aportaciones.

Por otro lado, la importancia que los fenómenos sociales y económicos pudieran haber desarrollado en la secuencia cultural del I Milenio, o la obligada referencia a las profundas transformaciones acaecidas en el plano del poblamiento, apenas encuentran sitio en la obra.

Los datos vertidos en el catálogo —que incluye un total de 280 esculturas— suponen una descripción completa de cada una de las piezas, indicándose lugar y circunstancias del descubrimiento, sitio donde actualmente se conserva y referencias bibliográficas. Todo ello se completa con la debida documentación fotográfica.

Atendiendo a criterios de tipo funcional, concluye G. López Monteagudo que las esculturas fueron erigidas, en unas ocasiones, como ofrendas funerarias por su relación a necrópolis e inscripciones latinas, en otras, como elementos votivos por su conexión a santuarios o lugares sagrados dedicados a una divinidad. Estas piezas se documentarían desde el siglo VI a. C. hasta época imperial.

Aunque en la obra parece tomar más fuerza el carácter religioso asociado a estas manifestaciones, la verdad es que son muy escasas las novedades aportadas por la autora que no conozcamos de trabajos suyos anteriores (López Monteagudo, 1982 y 1983). Por otro lado, las argumentaciones a favor de la hipótesis funerario-religiosa se enfrenta a obstáculos de índole cuantitativa. Sólo veinticinco piezas presentan inscripciones latinas. Si a éstas añadimos las asociadas a necrópolis, el cómputo total apenas llega al 20 % de los verracos conocidos. De este modo, una parte importante de la población no se adecúa a las tesis que aquí se sostienen. Una exclusión de estas características, resultado a su vez de la falta de un conjunto de directrices teóricas y metodológicas previas, sólo puede generar conclusiones parciales en torno al significado de estas manifestaciones.

No en vano, el contexto al que se asocia la escultura zoomorfa de la Meseta suscita otras posibilidades de análisis, bien sea desde una perspectiva social, económica, simbólica o ideológica. Podríamos incluso consultar la bibliografía existente sobre las manifestaciones artísticas de las comunidades prehistóricas. Sirvan de ejemplo el trabajo de J. V. S. Megaw (1985) sobre el concepto del arte en el mundo celta, o el artículo de K. Kristiansen (1984), sobre la importancia del componente ideológico en las representaciones materiales. Más recientemente, estarían los trabajos recopilados por H. Morphy (1988). Aunque centrados desde una perspectiva eminentemente antropológica, genera ideas muy interesantes sobre la representación de los animales en las sociedades prehistóricas.

Queda, naturalmente, otra posibilidad. A partir de un sistema de clasificación, López Monteagudo podría haber intentado sistematizar la población total de zoomorfos conocida. Es posible que de un estudio tipológico apenas se derivaran conclusiones relativas al origen y significado de estas esculturas, pero podría haberse intentado para comprobar su eficacia.

Finalmente, en cuanto al origen de estas representaciones, los supuestos paralelos de la estatuaria de la Meseta con las esculturas halladas en Polonia, y la relación de ambos fenómenos a partir de la ruta continental del comercio del ámbar, representa, sin lugar a dudas, el añadido exótico de la obra, cuya asimilación exigiría no pocas dosis de fantasía.

Los mapas de distribución se limitan a la simple representación gráfica de los elementos en el espacio, faltos de reflexiones razonadas y sin explotar al máximo sus posibilidades.

JESUS R. ALVAREZ SANCHIS

Becario del Departamento de Prehistoria.
Facultad de Geografía e Historia. Universidad
Complutense. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

- KRISTIANSEN, K. (1984): «Ideology and Material Culture: An Archaeological Perspective». En M. Spriggs (ed.): *Marxist Perspectives in Archaeology*. Cambridge, pp. 72-99.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G. (1982): «Las esculturas zoomorfas célticas de la Península Ibérica y sus paralelos polacos». *Archivo Español de Arqueología*, 55, pp. 3-30.
- (1983): *Expansión de los Verracos y características de su cultura*. Universidad Complutense de Madrid.
- MEGAW, J. V. S. (1985): «Meditations on a Celtic hobby-horse: notes towards a social archaeology of Iron Age Art». En T. C. Champion y J. V. S. Megaw (eds.): *Settlement and Archaeology*, Univ. Leicester, pp. 161-191.
- MORPHY, H. (ed.) (1988): *Animals into Art*. One World Archaeology Series, 7. Unwin Hyman, London.

GRIÑO, BEATRIZ DE: «*Los puñales de tipo Monte Bernorio-Miraveche. Un arma de la Segunda Edad del Hierro en Cuenca del Duero*». B.A.R. International Series 504 (i, ii), 1989, 300 pp., 129 figs., LXXII láms. Oxford. ISBN: 0-86054-645-4.

La serie internacional BAR acomete la publicación de un nuevo título hispano relativo a los tiempos prerromanos en la Meseta Norte, en esta ocasión con un tema monográfico sobre una personalísima y peculiar arma: el puñal de tipo Monte Bernorio. La obra se presenta en dos volúmenes independientes, uno de texto y otro de figuras y láminas, lo que facilita enormemente el seguimiento del trabajo.

Nos encontramos ante un estudio de marcado carácter tecno-tipológico que reúne la mayoría de las piezas conocidas hasta 1983. La detenida consulta de los fondos museísticos, fundamentalmente del MAN en lo relativo a los conjuntos de La Osera y Las Cogotas, y del Museo Arqueológico Provincial de Burgos para Miraveche, ha rendido sus frutos, permitiendo, en unos casos, documentar aspectos desapercibidos de piezas ya publicadas, incorporando, en otros, nuevos ejemplares hasta ahora inéditos. Este último tipo de información llega a constituir para casos como La Osera, de la que únicamente se publicó su zona VI, hasta un 65 % del total de los puñales aparecidos en la necrópolis, lo que da idea precisa de la relevancia de la aportación. En igual sentido hay que valorar el rescate del olvido, aunque en proporciones más reducidas, de piezas pertenecientes a los yacimientos de Las Cogotas, Miraveche, Villanueva de Teba, Almaluez, o de otras de procedencia menos precisa.

El método de catalogación empleado, por el cual se agrupa bajo un mismo número de inventario a las diversas piezas asociadas que constituirían el «conjunto armamentístico» de tipo Monte Bernorio —vainas (V), puñal propiamente dicho (P) y tahalí o broche (T)—, se muestra especialmente adecuado permitiendo, de manera rápida y sencilla, acceder al conocimiento de las partes representadas en cada uno de los conjuntos. Dicho sistema combinado con las meticulosas descripciones de aspectos formales, decorativos y tecnológicos, convierte al catálogo en una fuente de inestimable ayuda para la comprensión de estas peculiares producciones.

Aunque, en principio los seis años transcurridos entre la culminación de este trabajo y su publicación, puedan parecer un escaso margen de tiempo, de hecho, se trata de un lapso suficiente como para que los hallazgos se hayan multiplicado de manera espectacular.

Mañanes (1983: lám. XXIV) publica, junto a los puñales recogidos por Griño, dos nuevos tahalís de la necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero) —no los Hoyos como inicialmente se dijo al dar a conocer el yacimiento (Mañanes y Madrazo, 1978)—. Todas estas y algunas otras piezas integradas en una importante colección particular, fueron recogidas, con posterioridad, en un trabajo nuestro (Sanz Mínguez, 1986).

Del yacimiento palentino de Palenzuela —no La Palenzuela, y menos aún localizada en Baltanás—, proviene un nuevo ejemplar de pomo rematado en discos (Martín Valls, 1984: 41, fig. 14: 2-3).

Una hoja de perfil muy similar a la cacereña recogida por Griño, y asimismo de un área marginal con respecto a la zona nuclear de distribución de estos puñales, es la hallada en Matienzo (Santander) (Smith y Muñoz, 1984: lám. IV).

A dichos ejemplares debemos añadir los más recientes hallazgos de un puñal, conservando completo su pomo, de El Soto de Medinilla (Valladolid) (Escudero Navarro, 1988: 40), o la noticia de otro atribuible a la I Edad del Hierro en la necrópolis segoviana de San Miguel de Bernuy (Zamora Canellada, 1987: 39).

Finalmente, habría que citar los ejemplares y referencias aún inéditas de las necrópolis de La Hoya, Laguardia (Filloy Nieva, 1990) y Las Ruedas, Padilla de Duero (Sanz Mínguez, 1990), o de una colección descontextualizada (Alvarez, Cebolla y Blanco, 1990) aportados al II Simposio sobre los Celtíberos celebrado en 1988 en Daroca; y los de las necrópolis sorianas de Ucero (García Soto, en prensa) y Tiermes (Martínez Martínez, en prensa), así como un excepcional pomo con decoración figurada de Padilla de Duero (Romero Carnicero y Sanz Mínguez, en prensa), dados a conocer en el II Symposium de Arqueología Soriana celebrado en 1989.

Todo ello resulta suficientemente ilustrativo de lo que ha variado en estos pocos años el panorama investigador del armamento objeto de estudio, hecho que incide ciertamente de manera negativa en algunas de las conclusiones tipológicas a las que llega la autora en el libro de referencia.

Por ejemplo la pieza 133 del catálogo, procedente de Padilla de Duero, conserva completa su vaina, respondiendo la actual configuración de la contera a la original, con lo cual ésta no sería de tipo c o rectangular con calados semicirculares como la pieza 134 con la que se equipara (pp. 17, 20 y 21), sino que constituiría un nuevo tipo de flancos escotados. La decoración, por su parte, lejos de marcar diferencias entre ambos ejemplares (p. 21), pese al empleo de técnicas tan distintas, sirve de vínculo (compárense en Sanz Mínguez, 1986: fig. 1-3 y fig. 2-1). En definitiva, el tipo de contera del puñal 133 queda sólidamente confirmado en los paralelos sorianos de Alpanseque y sobre todo en el recientemente hallado en Tiermes (Martínez Martínez, en prensa), prácticamente idéntico al vallisoletano.

Sin embargo, no todos los problemas se derivan de los recientes aportes de la comunidad investigadora; algunos son consecuencia de la tipología propuesta por la propia autora.

En esta línea, si la diferencia entre el tipo I y el II es la longitud, probablemente hubiera sido aconsejable incluir algún índice o proporción que, con vistas a la adscripción de nuevas piezas a uno u otro grupo, marcara el límite entre ambos.

El tipo V engloba vainas de conteras circular y rectangular, variantes A y B respectivamente, siendo el denominador común la desarrollada lengüeta que ostentan en la zona embocadura. Pero si reparamos en el tipo IIB observaremos que participa igualmente de dicha característica, y es, en definitiva, la contera la que le diferencia del tipo V. Incluso la presencia de remaches enfrentados en el centro de la planchuela, no de refuerzo (p. 44), sino para evitar la oscilación de la hoja dentro de la vaina, es otro rasgo más que aúna los productos de IIB, VA, y VB. ¿No habría sido, pues, más aconsejable haber agrupado bajo un sólo tipo a dichos ejemplares de lengüeta desarrollada y establecer cuantas variantes fueran necesarias según la forma de las conteras, o, en caso de primar éstas, establecer los tipos según ellas y las variantes en función de la particular morfología del pomo, embocadura, etc.?

Resulta evidente, por otro lado, que ejemplares con grandes lengüetas detentaron guardas naviformes de escotaduras adecuadas o complementarias. El debilitamiento que para la guarda supuso esta característica es interpretado por Griño (p. 13) como causa directa del generalizado estado fragmentario en que estas piezas han llegado hasta nosotros. Sin embargo, la causa real de estas roturas en la zona de la empuñadura obedece a su propia estructura, ya que no siempre pomo y guarda se hallan contruidos mediante dos placas transversales unidas por remaches, sino que frecuentemente, y sobre todo en los puñales de lengüeta desarrollada, constan de una pareja de piezas naviformes independientes entre sí, cuya unión se produciría, combinada con otros elementos orgánicos, en el eje longitudinal del arma (nos referimos a piezas como las que pueden verse en

Sanz Mínguez, 1986: fig. 4). La tipología que para estas piezas establece Griño, basada exclusivamente en forma y tamaño, resulta excesivamente incompleta al no haber reparado en dichos aspectos estructurales que, por llevar implícitos valores cronológicos, poseen gran trascendencia.

La ausencia de intención seriativa quizás sea, con todo, el mayor problema al que se enfrenta la tipología establecida por Griño, ya que en lo que respecta al análisis espacial, la operatividad de la misma se manifiesta escasa, encontrándonos con que, a excepción del tipo V, los demás se distribuyen indiscriminadamente por todo el solar meseteño centro-oriental.

Habría sido conveniente, asimismo, emplear mapas de distribución cuantificados, y matizar la intensidad de la actividad excavadora desarrollada en cada yacimiento, ya que evidentemente no poseen el mismo significado los 17 ó 18 puñales «completos» de La Osera, entre más de dos mil tumbas, que los 21 de Miraveche en menos de un centenar de enterramientos, o los 14 de Monte Bernorio, producto de trabajos aún más puntuales.

La no inclusión de este tipo de valoraciones o la discusión de la génesis de estos puñales en términos parciales (apoyándose en paralelos formales o decorativos de algunas de sus partes) o comparativos con ámbitos extrapeninsulares, tiñe al material objeto de estudio de cierta inexpresividad, creando un confuso conglomerado de tipos que aparentemente poseen una común distribución cronológica y espacial. No extraña, pues, que en esta línea de homogeneización se llegue a hablar incluso de «cultura representada por los puñales» o, a la luz de su distribución geográfica, de «fronteras culturales» (p. 93).

Evidentemente, con esta falta de discusión tipológica, planteando unos prototipos y unas piezas derivadas o intentando discriminar en virtud de las asociaciones o dispersiones geográficas cuáles responden o no, por ejemplo, a simples procesos de comercialización, se llega a la cuestión cronológica en condiciones bastante precarias, siendo, una vez más, los paralelos extrapeninsulares los que se esgrimen para remontar la cronología del arma hasta la segunda mitad del siglo VI a. C. El límite contrario se establece en el término del siglo IV a. C. Como la propia autora señala, tratar de fijar fechas absolutas para esta época en la Meseta Norte resulta aventurado, y precisamente por ello opinamos que mientras no poseamos argumentos de cierto peso sería más aconsejable seguir manteniendo las fechas tradicionalmente esbozadas, lo cual no quiere decir que futuros descubrimientos no permitan incluso remontar los orígenes del tipo a la I Edad del Hierro como recientemente se ha sugerido (Zamora Canellada, 1987). Por lo que se refiere a los límites modernos somos partidarios de ampliarlos sensiblemente hasta finales del siglo III o incluso inicios del II a. C.

En cualquier caso tenemos la firme convicción de que la clave de la seriación tipológica de estos puñales se encuentra no tanto en las conteras, a las que todos hemos dedicado una especial atención, como en las empuñaduras, evolucionando desde las construidas por cuatro piezas a las de dos, y experimentando un notable desarrollo transversal en sus estadios más avanzados.

En resumidas cuentas, la obra de Griño posee un innegable valor documental, convirtiéndose en fuente obligada de consulta para cualquier estudioso que desee profundizar en el conocimiento de este armamento. Trabajos de catalogación de fondos museísticos como el presente son tareas ingratas pero ciertamente imprescindibles. Sin embargo, y esto es lo que más se echa en falta en la presente obra, la ordenación tipológica de unos materiales cualesquiera debería conducir, con la exposición de hipótesis y teorías contrastadas, a la obtención de síntesis parciales, tendentes, en definitiva, a la reconstrucción histórica de las diversas épocas o culturas objeto de atención. Pese a todo, el estudio tecno-tipológico y funcional de los puñales de tipo Monte Bernorio realizado por Griño, así como las más recientes aportaciones de los Congresos de Daroca y Soria reseñadas, abren un esperanzador futuro para la adecuada comprensión e interpretación de este singularísimo elemento de la panoplia meseteña.

CARLOS SANZ MINGUEZ

Dpto. Prehistoria y CC.HH. Facultad de Filosofía
y Letras. Universidad de Valladolid.

T. P., 1990, nº 47

BIBLIOGRAFIA

- ALVAREZ, A.; CEBOLLA, J. L. y BLANCO, A. (1990): «Elementos metálicos de tipo celtibérico: la colección de Pérez Aguilar». *II Simposio sobre los Celtiberos: Necrópolis Celtibéricas*. Daroca, 1988. Institución «Fernando el Católico», Zaragoza: 287-304.
- ESCUADERO NAVARRO, Z. (1988): «El Soto de Medinilla. Cultura Celtibérica». *Rev. de Arqueología*, 89: 32-41.
- FILLOY NIEVA, I. (1990): «Tahalies y otros elementos de anclaje en la necrópolis celtibérica de La Hoya (Laguardia, Alava)». *II Simposio sobre los Celtiberos: Necrópolis Celtibéricas*. Daroca, 1988. Institución «Fernando el Católico», Zaragoza: 241-246.
- GARCÍA-SOTO, E. (en prensa): «Tumbas con puñales tipo Monte Bernorio en la necrópolis celtibérica de Uceró». *II Symposium de arqueología soriana*. Soria, 1989.
- MAÑANES PÉREZ, T. (1983): *Arqueología Vallisoletana II: Torozos, Pisuegra y Cerrato. Estudios arqueológicos de la Cuenca del Duero*. Valladolid.
- MAÑANES, T. y MADRAZO, T. (1978): «Materiales de una necrópolis vallisoletana de la Edad del Hierro». *Trabajos de Prehistoria*, 35: 425-432.
- MARTÍN VALLS, R. (1984): Prehistoria palentina, en Julio González (dir.), *Historia de Palencia*, I: *Edades Antigua y Media*: 34-46. Palencia.
- MARTÍNEZ MARTÍNEZ, C. (en prensa): «El armamento celtibérico en la necrópolis de Carratiermes», *II Symposium de arqueología soriana*. Soria, 1989.
- ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MINGUEZ, C. (en prensa): «Representaciones zoomorfas prerromanas en perspectiva cenital. Iconografía, cronología y dispersión geográfica». *II Symposium de arqueología soriana*. Soria, 1989.
- SANZ MINGUEZ, C. (1986): «Variantes del puñal de tipo Monte Bernorio en el valle medio del Duero». *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LII: 25-46.
- (1990): «Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)». *II Simposio sobre los Celtiberos: Necrópolis Celtibéricas*. Daroca, 1988. Institución «Fernando el Católico», Zaragoza: 159-170.
- SMITH, P. y MUÑOZ, E. (1984): «La ocupación de las cuevas en la Edad del Hierro». *Boletín Cántabro de Espeleología*, 4: 129-139.
- ZAMORA CANELLADA, A. (1987): «Segovia en la Antigüedad», en *Historia de Segovia*: 20-55. Segovia.

JOURNAL OF MEDITERRANEAN ARCHAEOLOGY

Ha iniciado recientemente su andadura una nueva revista, de la que se anuncia ya el contenido del número 1 del segundo volumen, titulada *Journal of Mediterranean Archaeology*, cuyo editor es el Dr. A. Bernard Knapp, de la Facultad de Estudios Clásicos de la Universidad de Cambridge.

La periodicidad de ésta es bianual y está abierta a quienes se hallen interesados en el mundo mediterráneo, y deseen publicar sus trabajos en inglés, lengua de la revista y hoy por hoy, lengua internacional por excelencia.

El objetivo de la misma, como explica su editor, es ir más allá de la concepción del Mediterráneo como entidad geográfica, para abrirse a trabajos enfocados desde una perspectiva más amplia del Mediterráneo y su entorno, y que encaren aspectos pluridisciplinares de su estudio.

En el equipo asesor, de primera línea, figuran eminentes arqueólogos de lengua anglosajona, no única pero sí primordialmente, británicos especialistas en el mundo mediterráneo. Es de lamentar, sin embargo, que ningún especialista de los propios países mediterráneos implicados, que tanto tendrían que decir al respecto, figure en tan prestigiosa comisión asesora, sobre todo, cuando la revista pretende ser un foro de discusión internacional y abierto, y no meramente, el portavoz de la arqueología anglosajona en el Mediterráneo.

No obstante, hay que aplaudir vivamente la iniciativa del Dr. Knapp y desearle que, en efecto, esta nueva revista se convierta en FORO y punto de referencia obligado de todos aquellos que trabajan en el mundo mediterráneo, entendido este en su más amplio sentido.

Aquellos interesados tanto en publicar en la revista como en solicitar su suscripción pueden dirigirse, bien al propio editor:

Dr. A. Bernard Knapp
Faculty of Classics.
University of Cambridge
Cambridge C.B.3 9D.A.
U.K.

o la editora de la revista:

Sheffield Academic Press Ltd.
the University of Sheffield.
343 Fulwood Road
Sheffield S10 3BP
U.K.

MARISA RUIZ-GALVEZ PRIEGO

Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia.
Universidad Complutense. Madrid.